

El concepto de *Formación*: una
idea de educación y escuela.

Una aproximación al concepto de Formación en la filosofía de Hegel y Gadamer en contraste
con algunos enunciados de Nietzsche

Daniel Ricardo Bernal Rodríguez

Universidad La Gran Colombia
Facultad de Ciencias de la Educación
Programa de Licenciatura en Filosofía e Historia
Bogotá
2017.

El concepto de *Formación*: una
idea de educación y escuela.

Una aproximación al concepto de Formación en la filosofía de Hegel y Gadamer en contraste
con algunos enunciados de Nietzsche

Daniel Ricardo Bernal Rodríguez

Trabajo de grado presentado para optar por el título de
Licenciado en Filosofía e Historia.

Director:

Edwin García Salazar

Magíster en Filosofía

Universidad La Gran Colombia

Facultad de Ciencias de la Educación

Programa de Licenciatura en Filosofía e Historia

Bogotá

2017.

El concepto de *Formación*: una idea de educación y escuela.

Resumen

La *Bildung* (Formación) es un concepto definitivo en la concepción cultural del siglo XVIII. Es Hegel quien le da relevancia al término al pensarlo en función de la configuración de un tipo definido de hombre, es decir, la formación recae sobre el hombre y forja en él una manera de ser en la que converge la relación entre el concepto de hombre culto e inculto. Entonces, la *formación* es un proceso por el cual se adquiere cultura, y también es un proceso que forja una subjetividad cultural y educativa. Dicha idea de *formación* es retomada por Gadamer, siendo está sustentada por medio de conceptos como escucha, habla, diálogo e interpretación, entre otros; conceptos que confluyen en su noción de *educación* y *formación* del sujeto, del niño y que dan vigencia a la idea presentada por Hegel. La educación, entonces, se presenta como ese lugar que por medio de la escuela establece una formación específica cuyo objetivo es ligar a quien se forma al paradigma sociocultural imperante. Sin embargo, Nietzsche presenta en algunos textos un punto de diferencia respecto a esta idea de formación, pues considera impropio establecer la cultura como un límite para la formación del niño, dándole relevancia a la vida y la experiencia de éste por sobre los ideales de la *formación* en la escuela.

Palabras clave.

Formación, escuela, niño, cultura, educación.

El concepto de *Formación*: una idea de educación y escuela.

Abstract

The *Bildung* (Formation) is a definitive concept in the cultural conception of the eighteenth century. Hegel is who gives relevance to the term when thinking about the configuration of a definite type of man, that is, formation falls on man and forges in him a way of being in which converges the relationship between the concept of man cultured and uncultured. Thus, *formation* is a process by which culture is acquired, and it is also a process that forges a cultural and educational subjectivity. This idea of formation is taken up by Gadamer, being supported through concepts such as listening, speaking, dialogue and interpretation, among others; concepts that converge in his concept of *education* and *formation* of the subject, the child and that give effect to the idea presented by Hegel. Education, then, is presented as that place that through the school establishes a specific formation whose objective is to connect who is formed, that is, the child to the prevailing sociocultural paradigm. However, Nietzsche presents a point of difference regarding this idea of formation because it considers it inappropriate to establish culture as a limit for the formation of the child, giving relevance to the life and experience of this over the ideals of *formation* in school .

Keywords.

Education, school, child, culture, formation.

El concepto de *Formación*: una idea de educación y escuela.

**UNA APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE FORMACIÓN EN LA FILOSOFÍA DE
HEGEL Y GADAMER EN CONTRASTE CON ALGUNOS ENUNCIADOS DE
NIETZSCHE**

Resumen.

Palabras clave.

Introducción.	6
Sobre cómo se estructuro este trabajo.	10
Antecedentes conceptuales que hicieron posible esta investigación	12
Capítulo 1. El vínculo entra la formación y la cultura a partir de una lectura de Hegel	14
Capítulo 2. Gadamer: una revitalización a la idea de formación de Hegel	26
Capítulo 3. Nietzsche y la discusión a propósito de la idea de formación	41
Consideraciones finales. El niño y la invención de sí mismo.	50
Bibliografía.	63

Introducción

En esta investigación se pretende describir una acepción filosófica a través de la cual se ha encontrado una idea sobre la educación y su función en la sociedad y la vida de aquel que acude allí a formarse, es decir, el niño, a partir de un planteamiento con el cual desde la filosofía clásica, expuesta en el Romanticismo Alemán se ha establecido una idea donde la educación y por ende la escuela, se presentan como un espacio a través del cual se consolida la cultura, esto a partir del concepto de *Formación*. Sin embargo, contrario a lo anterior, surge una forma de quizá invertir ese planteamiento clásico respecto a la educación, a la escuela y a quien allí acude, desde un pensamiento – también filosófico – que en algunos de sus postulados pone en discusión dicho planteamiento clásico y abre la puerta a otra posibilidad de concebir el tema en cuestión, a saber, la formación del niño en relación con la cultura.

Para poder presentar lo anterior, se acude al pensamiento del filósofo alemán Hegel, quien, en el Romanticismo Alemán se ha posicionado como el pensador que dio importancia e hizo énfasis en el concepto de *Bildung*, el cual, traducido como *formación* hace referencia al proceso por el cual se adquiere cultura; constituyéndose así como el término rector hacia una idea de escuela y educación en relación a una idea de hombre y cultura. Hegel, pensando la educación en función de su planteamiento filosófico respecto a desarrollo de la historia, la cultura y su relación con el estado, despliega el concepto de *Bildung* como un ideal al cual debe llegar el sujeto que se forma.

En ese sentido, este pensador muestra de que manera debe transcurrir el proceso formativo del estudiante en la institución educativa. Allí, en dicho proceso, el estudiante recibe una cierta instrucción con la cual debe aprender a asumir su función en el mundo de la cultura. Siendo el principal objetivo de la *Bildung* establecer una armoniosa relación entre el hombre y la cultura de una época, éste, debe hacer de su personalidad un espectro más de la cultura misma, es decir, anteponer a sus más profundas intenciones e intuiciones el bienestar de la cultura, y, como lo postula Hegel a partir de ello, devenir como sujeto en tanto un sentido universal de la vida, es decir, debe anteponer los intereses de la cultura y en consecuencia el estado a toda voluntad individualista que resida en su espíritu. Para ello, para poder darle sentido a este devenir hombre universal, se forja en el sujeto una idea de sentido de pertenencia y por lo tanto de responsabilidad con respecto al lugar en que nace y por el cual es cobijado como individuo, así,

el estudiante asume su papel en la vida en sociedad, sea cual sea, como una responsabilidad que contribuye al establecimiento y desarrollo de su pueblo.

Para argumentar y poder consolidar ello, Hegel echa mano de la cultura antigua Griega – principalmente – y la antigua Roma. Lo hace, pues en su pensamiento encuentra cómo dicha cultura antigua se presenta como ese momento histórico en el que el objetivo que se propone la *Bildung* se ha desarrollado y se ha arraigado en los hombres de una manera que no es comparable con ninguna otra cultura, y, encuentra aquí una época en que el Espíritu se ha manifestado en su máxima expresión. Por ello, se hace necesario reconciliar al hombre y la cultura moderna con la antigüedad volviendo la vista hacia esta época para llevar de vuelta al hombre y a la cultura al mundo Universal de Espíritu.

Así, todo este sentido de la educación en términos de la *Bildung* es configurado por Hegel en algunas de sus obras, siendo un sustento primordial para este trabajo teniendo en cuenta que allí se evidencia un desarrollo de la educación en favor de la cultura y el estado, que recae sobre el sujeto cuya responsabilidad es responder más que a sus deseos y voluntades, a las pretensiones de una época.

Ahora bien, este pensamiento sobre el propósito y fin de la educación y en particular el concepto de *formación* expuesto durante el siglo XVIII por Hegel es retomado y ciertamente actualizado por el pensador Gadamer, quien a través de algunos textos plantea conceptos que confluyen en la idea de la educación y formación del niño y que traen en su argumento una revitalización al sentido de la *formación* establecido por la filosofía de Hegel. Gadamer, a través de conceptos tales como *lenguaje, diálogo, escucha y habla*, entre otros configura la forma en que se dan las relaciones entre el niño-estudiante como sujeto que se forma y el mundo que se le presenta como insumo para dicha formación.

Gadamer toma conceptos de la cotidianidad, podría decirse, y los utiliza en favor de una idea que muestra cómo se forma el hombre a través de dichos conceptos con el fin de intentar comprender y apropiarse de aquello existente que le permite ser sujeto de una comunidad, de una cultura, dando como resultado una condición específica de cómo se debe representar el mundo de la vida. Con ello, lo que logra Gadamer es instituir unos límites al pensamiento a la hora de

aprehender e interpretar el mundo y al relacionarse con este, tanto en la individualidad como en la convivencia con el *Otro*.

Al limitarse el espacio de la interpretación se constituye, también, una limitación a la idea de voluntad y de libertad del sujeto teniendo en cuenta que a partir de allí se establecen espacios comunes en los que deben confluír los hombres, es así como el pensamiento de Gadamer corresponde con el pensamiento de Hegel en relación a la formación del sujeto, puesto que a través de su concepto de formación el hombre por iniciativa propia llega a adherirse al ser universal de la vida y de la cultura, entendiendo esto como un deber.

Sin embargo, este objetivo de la formación, esta idea de educación-escuela y su relación con el niño-estudiante y la cultura, es puesta en discusión. Con Nietzsche, filósofo que se sitúa en medio de estas dos épocas y cuya filosofía no cesa de hablar, se piensa de qué manera el objetivo de la *Bildung* y el hecho de hacer de la educación un espectro más de la cultura, un lugar donde esta logra auto sostenerse, da como resultado la negación de la naturaleza humana, es decir, el rechazo y debilitamiento de todo pensar y actuar incipiente del hombre, del niño que se forma.

Se presenta, pues, el pensamiento de un filósofo que en a través de ciertas obras expresa una defensa a esa naturaleza humana de la cual el niño es su máximo creador. Con Nietzsche, la escuela se muestra como un lugar en el cual confluyen diversas individualidades y sobre las cuales no es posible determinar del todo sus modos de representar y de ser en el mundo, por lo tanto, ese objetivo de limitar y contener las fuerzas subjetivas del niño-estudiante que se ha evidenciado en la *Formación* es casi que imposible de alcanzar, teniendo en cuenta que en algunos enunciados de Nietzsche se puede interpretar de qué forma el niño y sus modos de ser en el mundo advienen de manera imperceptible dentro de la escuela y la formación que allí recibe, sobreponiéndose a ello.

En este orden de ideas, lo que esto representa, es de qué manera la escuela más que ser una catapulta hacia la cultura, es un escenario donde se construyen subjetividades, un lugar donde el niño que se forma y del cual la formación quiere hacer un hombre predeterminado, se hace a sí mismo y se reinventa constantemente; donde a pesar de toda formación que recibe logra encontrar una *Salida*, un escape hacia sí mismo en el que sin necesidad de rechazar o negar lo

que la escuela le exige, logra hacerse con su naturaleza y ser él mismo a través de una invención de sí. El niño logra, entonces, a pesar de toda exigencia con la cual le escuela le insta a adquirir la sobriedad y, en consecuencia, el cansancio de un adulto, encontrar lugares para la invención de sí mismo, momentos para transformar las palabras, para preguntar, para jugar y reírle a la vida y así relacionarse consigo y con el mundo de formas que no pueden ser predefinidas.

Así, pues, a través de la descripción conceptual presentada en este trabajo se busca decir de qué forma la educación, la escuela y el aula, se pueden establecer como esos lugares en donde el niño debe devenir adulto y ser un no-niño, diciendo un no a la infancia, a la creatividad y a la imaginación, para de esta manera responder a la exigencia de llegar a ser un hombre acorde con la cultura de su tiempo. Pero, es posible pensarse una idea de formación diferente, entender la educación y la escuela desde una perspectiva que permite considerar estos lugares como un espacio donde al niño se le permita ser niño, haciendo de la vida infantil una agradable experiencia, donde en el camino a la adultez el niño no se pierda sí mismo y sus potencias vitales.

Sobre cómo se estructuro este trabajo. (Metodología)

En este trabajo, se busca describir la forma en que se desarrolla una relación entre la educación y la cultura, estando en medio de ello el sujeto que acude a la escuela a formarse, es decir, el niño y las consecuencias que dicha relación trae para él, por lo cual se ha hecho un análisis documental de tipo cualitativo al pensamiento de filósofos en cuya conceptualización de la *formación* se ha evidenciado la postulación de una idea de escuela, donde ésta se da en favor de la cultura o en otro sentido en favor de la individualidad, del ser del sujeto que se forma. Así pues, se ha transitado para la configuración de esta investigación por el pensamiento de los filósofos alemanes Hegel, Gadamer y Nietzsche.

A partir de la lectura realizada a dichos autores que se concentra en el concepto de *formación*, se establece un campo epistemológico como lo son la fenomenología y la hermenéutica de cara a un análisis comparativo con la genealogía. Lo anterior, en razón de que Hegel expone su pensamiento en campo de la fenomenología, Gadamer retoma el pensamiento de Hegel frente a la *Bildung* mostrándose como un heredero de este, pero, llevándolo al campo de la hermenéutica, situado en lo textual, mientras que Nietzsche piensa en términos genealógicos una crítica al modelo de *Bildung* en Hegel del cual hay cierta continuación en Gadamer.

Teniendo en cuenta lo anterior, se hizo una aproximación a la forma en que se ha configurado el concepto de formación con base a ciertas lecturas que permiten vislumbrar como Hegel desarrolla dicho concepto trayendo consigo un modelo de educación y de qué forma este ha sido objeto de estudio de Gadamer, quien da continuidad a esta idea buscando fortalecerla y hacerla efectiva. De igual modo, se ha realizado una lectura específica de Nietzsche para lograr describir cómo este autor enuncia una oposición a lo establecido en los ideales de la formación, mostrando otra posibilidad de entender el papel de la educación y la formación en el niño.

Esta investigación se ha centrado en su aspecto disciplinar en la filosofía, pues, a partir de allí se ha pretendido hacer un acercamiento a corrientes filosóficas que expresan una idea de formación y por ende de escuela y niño, las cuales posibilitan hablar de educación en términos filosóficos. Además, este ejercicio de investigación también representa una formación filosófica

en tanto permite realizar lecturas comparativas en función de un concepto que se busca no tanto definir sino clarificar, permitiendo fortalecer las capacidades de lectoescritura, interpretación y el análisis documental. Entonces, para cumplir lo propuesto aquí se ha realizado un rastreo bibliográfico entorno a las obras en las cuales los autores convocados plasman su pensamiento con respecto al tema de la formación del sujeto, lo que ha permitido entender cómo allí está en juego el valor de la vida de quien se forma y las capacidades de la escuela sobre la vida del niño.

De manera que, a través de esta investigación es posible evidenciar cuán importante es el papel de la educación para la sociedad, reconociendo cómo por medio de esta se posibilita legitimar o reconstruir la cultura a partir de los enunciados que de esta se formalizan en la escuela. Además de presentar cómo se entiende y actúa en el plano de la formación sobre la vida del niño cuando la educación es una herramienta más de la cultura y cómo él procede ante esta situación. Así pues, se hace posible tomar postura frente a las posibilidades sobre las cuales se concibe la condición de la educación para la sociedad.

En síntesis, lo que se propone acá y a lo cual se ha querido llegar en esta investigación, su objetivo general, es identificar la relación que se presenta entre el concepto de formación y cultura en la filosofía de Hegel y Gadamer, la idea de escuela que a partir de allí surge, y los efectos de esta sobre el niño de acuerdo a ciertos planteamientos de Nietzsche.

Antecedentes conceptuales que hicieron posible esta investigación. (Marco referencial)

A través de una cuestión que surge en torno a la educación, la cultura y la forma en que esta se despliega ante el sujeto que se forma, surge la pregunta ¿Cuál es la relación que se presenta entre el concepto de formación y cultura en la filosofía de Hegel y Gadamer, la idea de escuela que a partir de allí surge, y sus efectos sobre quien se forma de acuerdo a algunos planteamientos de Nietzsche? Desde lo cual se ha realizado un acercamiento a dos campos conceptuales que se contrarían respecto al tema, abriendo así el espacio a la discusión.

El concepto de *Bildung* se presenta como el sustento principal con el cual se ha podido desarrollar la intencionalidad de este trabajo. Dicho concepto hace alusión a un tipo de educación específica cuyo objetivo principal es que el hombre pase de su ser individual a un ser universal que le exige servirle a la cultura. La formación, entonces, es la manera a través de la cual se adquiere cultura, allí se busca consolidar los enunciados de la ésta y su sentido universal y objetivo por medio de la escuela. Por lo cual, recae en el sujeto que se forma la responsabilidad de ser un futuro *hombre correctamente formado* cuya función en la sociedad es ser un sujeto que reproduzca la cultura apropiándose de ella, viviendo así una vida en favor del estado y del momento histórico al cual él pertenece.

Estas dos formas de pensar la educación, la escuela y el estudiante se han logrado distinguir a partir de la lectura que se ha realizado en textos como la *Fenomenología del espíritu*, *Escritos pedagógicos* y *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, de G.W.F. Hegel, primeramente, en los cuales se ha evidenciado una forma específica de educación que parte del concepto *Bildung*, donde la educación es presentada a partir de la idea de cultura, en búsqueda de una relación óptima entre las dos partes, en donde se desdibuja la figura del sujeto que se forma en su ser individual, llegándose así a forjar una subjetividad en función de la cultura y el estado.

También, en lecturas realizadas respecto al tema de la *Formación* presente en Gadamer, se revisa cómo allí se expone en términos actuales la idea de la *formación* construida por Hegel. Consecuentemente, respecto al pensamiento de Gadamer se ha realizado a una lectura en la que se ha llegado a establecer como el planteamiento de Hegel respecto a la *Bildung* es retomado y

puesto en función en términos acordes con el siglo XX que dicho autor ha desarrollado a lo largo de diversas obras que han sido objeto de estudio. Con dichos conceptos se condensa una específica forma de escuela y educación, es decir, un modelo de formación delimitado con el cual se resta importancia a la subjetividad del estudiante en tanto ser autónomo, puesto que allí este se presenta como aquel que debe *escuchar e interpretar* el mundo de tal manera que en su proceso formativo busque entender correctamente el mundo de la vida, es decir, su sentido objetivo, en el cual la cultura va sobrepuesta al desarrollo del entendimiento individual de cada sujeto, pues este debe corresponder de manera adecuada con eso que la cultura ha establecido como universal y correcto.

Se han encontrado en Gadamer diversas formaciones conceptuales a partir de la que concibe una idea de escuela y de convivencia, sobre las cuales el sujeto se forma adecuadamente para ser parte de forma correcta del mundo de la cultura, allí este se presenta como aquel que debe escuchar e interpretar el mundo de tal manera que en su proceso formativo busca entender correctamente. De esta manera, una lectura de su obra *La educación es educarse*, ha traído consigo ciertos textos en los que Gadamer ha desarrollado los dichos conceptos sobre los cuales logra sostener y defender la idea acuñada por Hegel de la formación y de la escuela como lugar en donde se formaliza la cultura.

Por otro lado, con Nietzsche, en su obra *sobre el porvenir nuestras instituciones educativas*, se abre la discusión a través de una crítica sobre este aspecto de la educación, teniendo en cuenta cómo afecta dicha intención de hacer que la escuela trabaje para la cultura, en la libertad de quien se forma. Así, no solo en esta sino en las demás lecturas realizadas a ciertas obras de este pensador, se ha evidenciado la forma en que Nietzsche hace una crítica a la filosofía hegeliana y su idea de escuela, por lo que dicha crítica sobrepasa el tiempo y se hace vigente al contrariar igualmente con el concepto de educación presentado por Gadamer para nuestro siglo.

Por consiguiente, con la realización de dichas lecturas este trabajo busca como objetivos específicos: Señalar cómo el concepto de formación de Hegel y su relación con la cultura producen una noción de educación. Describir cómo en la filosofía de Gadamer el concepto de formación de Hegel es retomado y estructurado en términos vigentes para una idea de educación

y escuela en favor de la cultura. Establecer un punto de diferencia conceptual frente a la formación con algunos enunciados Nietzscheanos.

Capítulo 1

El vínculo entre *formación* y cultura a partir de una lectura de Hegel.

El romanticismo alemán del siglo XVIII es el escenario en el que se formaliza el concepto de *Bildung*. Este movimiento tiene como fundamento dar una mirada al arte clásico y a la cultura griega, en la que se considera está la respuesta al paradigma de la *formación romántica*. De esta manera se vuelve la vista hacia el mundo greco – latino en búsqueda de la formación individual y cultural del hombre.

Así, es Hegel quien desarrolla y le da a la *Bildung* un andamiaje conceptual que responda a las exigencias de la cultura¹. El concepto de *Bildung* se traduce como formación en Hegel, entendido este como un proceso por medio del cual el individuo adquiere el conocimiento universal. Dicho conocimiento parte sobre la pregunta del origen a partir de lo cual se plantea en relación a sus posibilidades y se fundamenta su desarrollo.

La tarea de la formación en Hegel, que en gran medida parte de la idea de universalidad, busca abarcar la realidad del individuo con el fin de que se reconozca a sí en tanto universalidad; generando de esta manera una uniformidad en el hombre, forjando el surgimiento de una identidad de este con el espíritu² con el que se encuentra en la cultura. En ese sentido, se produce un reconocimiento histórico por medio del cual el hombre se ha de formar entorno a una tradición cultural, que le permite apoderarse e interiorizar los hechos del pasado. De esta manera, la formación es el medio que hace posible realizar una conjunción entre la cultura e historia.

¹ Cultura en tanto lugar en el que se desenvuelve el hombre y el constante progreso de este y la historia, respecto a ella se ha de formar al hombre, por cuanto allí “el individuo halla entonces ante sí el ser del pueblo, como acabado y fijo, al que se incorpora. Ha de apropiarse de este ser sustancial, de modo que este ser se convierta en su modo de sentir y en sus aptitudes, para ser él mismo algo” (Hegel G. W., 1985, pág. 71)

² Espíritu, entendido como la esencia de la historia y la cultura. Este transita sobre el hombre, la historia y sus épocas desplegándose sobre ella entorno a un progreso de sí. Hegel define: el espíritu no es una cosa abstracta, no es una abstracción de la naturaleza humana, sino algo enteramente individual, activo, absolutamente vivo: es una conciencia, pero también su objeto. La existencia del espíritu consiste en tenerse a sí mismo por objeto. El espíritu es, pues, pensante; y es el pensamiento de algo que es, y el pensamiento de qué es y cómo es. Además el espíritu solo tiene conciencia por cuanto es conciencia de sí mismo (...)” (Hegel G. W. , 1980, pág. 62)

Dicha tradición que se materializa en la formación, Hegel la relaciona con la cultura clásica Greco – Romana, entendiendo esta como el momento histórico en donde la formación culta, en relación al espíritu universal, se presenta de una manera más desarrollada, en la que se reconcilia la formación espiritual del pasado con la científica del presente.

Conforme con lo anterior, la filosofía – desarrollada en los antiguos griegos – al ser la ciencia en la que se construyeron los conceptos universales que se han convertido en sustento permanente para el conocimiento del hombre, se presenta en la formación como el medio en el que se ha de edificar una relación de identidad entre lo singular y lo universal del conocimiento³. La filosofía, el arte y la religión se presentan como fundamentales en la formación del hombre, teniendo en cuenta que: en la religión se encuentra – en parte – la esencia de la existencia y la historia universal; en la filosofía y el arte, se fundan los conceptos y el pensamiento en torno a la aprehensión en su sentido correcto. Por ello, en estos tres paradigmas la *Bildung* busca formar un hombre que interprete el sentido correcto de la realidad; desde la religión en la práctica habitual, desde el arte y la filosofía en la configuración de una idea que permite forjar el hombre culto.

Entendiendo la formación como hecho que se refiere al conocimiento universal, esta implica un sustento en el desarrollo histórico del cual parte, y sobre este se enuncia un conocimiento respecto a la naturaleza en torno a un fin, en el que el entendimiento de la razón permite conocer la realidad de tal naturaleza. Hegel al considerar la historia como períodos entorno a tal fin, piensa allí la idea de *retorno del espíritu sobre sí*, desarrollando la construcción del conocimiento y la formación del hombre respecto a dichos procesos, entendidos estos como esas épocas de la historia a las cuales la formación responde⁴.

³ Tal relación entendida como finalidad, en cuanto allí se garantiza la formación de toda subjetividad en tanto universal, es decir: “Por cuanto mi saber y mi querer son actos del pensamiento, tienen por objeto el objeto universal, lo sustancial de lo en sí y por sí racional. Vemos, por tanto, una unión en sí, entre el factor objetivo, el concepto y el factor subjetivo” (Hegel G. , 1980, pág. 110)

⁴ Se identifica esta idea en el momento que Hegel piensa como “también el individuo singular tiene que recorrer, en cuanto a su contenido, las fases de formación del espíritu universal, pero como figuras ya dominadas por el espíritu, como etapas de un camino ya trillado y allanado; vemos así cómo, en lo que se refiere a los conocimientos, lo que en épocas pasadas preocupaba al espíritu maduro de los hombres desciende ahora al plano de los conocimientos, ejercicios e incluso juegos propios de la infancia, y en las etapas progresivas pedagógicas reconoceremos la historia de la cultura” (Hegel G. W., 1985, pág. 21)

Para ello, Hegel piensa el concepto de *superar conservando* que se remite al paso de la historia, los periodos de la existencia y sus actores; a partir de esto se potencia la idea de *rejuvenecimiento del espíritu* que plantea la historia como un transcurrir de etapas sobre las cuales el espíritu se transforma en torno a una *purificación de sí*, puesto que:

Resolviendo un problema el espíritu se crea nuevos problemas, con lo que multiplica la tarea de su trabajo. Así, es como en la historia vemos al espíritu prolongarse en inagotable multitud de aspectos, y gozarse y satisfacerse en ellos. Pero su trabajo tiene siempre el mismo resultado: aumentar de nuevo su actividad y consumirse de nuevo (Hegel G. , 1980, pág. 48)

Lo que trae como consecuencia el abarcamiento cada vez más amplio que el espíritu ha de tener sobre la historia universal. De esta forma, dichas transformaciones y resurgimientos conllevan a una nueva idea de hombre y por ende, también, un nuevo ideal de formación, que ha de partir de todo lo recogido por la razón en este proceso donde diferencia lo esencial y lo in-esencial.

Partiendo de lo anterior, el espíritu, que de acuerdo con Hegel siempre está en la historia y por ello se encuentra en constante relación con el hombre de cada época; da cuenta de cómo es posible lo siguiente: que el hombre actúe según como se ha formado en la historia – de acuerdo con cada una de sus etapas – respecto a un contenido y un concepto. Esto, hace necesario que en la formación se reconozca el conocimiento del individuo y el individuo mismo, pero también, implica que en la formación en torno a una objetividad “los individuos desaparecen ante la sustancia universal, la cual forma los individuos para su fin. Pero los individuos no impiden que suceda lo que tiene que suceder” (Hegel G. 1980, pág. 66). Es así, como en la formación se presenta el espíritu en tanto saber universal que permite desarrollar el conocimiento en torno a su comprensión e interiorización. Tal espíritu, se realiza expresándose en la realidad a partir de las condiciones que constituyen a la cultura, es decir, las condiciones sociales sobre las cuales el individuo se identifica y se realiza⁵. De esta manera, el hombre se ha de formar conforme a dichos estamentos culturales, haciendo parte de estos en su totalidad.

⁵ Es bajo la figura del estado en la que Hegel piensa la realización del espíritu por cuanto “este es la realidad en la cual el individuo tiene y goza su libertad; pero por cuanto sabe, cree y quiere lo universal. El estado es, por tanto, el centro de los restantes aspectos concretos: derecho, arte, costumbres, comodidades de la vida. En el estado la libertad se hace objetiva y se realiza positivamente” (Hegel G. , 1980, pág. 100)

Entonces, la formación se presenta como el medio a través del cual se construye una relación de necesidad en el individuo condicionado a las formas sociales que lo rigen. Por ello, se forma en el deber, en el gusto por lo bello y en la utilidad del saber histórico. Así, la *Bildung* hegeliana implica que el individuo deje su estadio natural para ascender al mundo universal del espíritu, donde se reúnen las creaciones *supra – individuales* de los hombres. En ese sentido, se puede detectar en Hegel la forma en que la idea de libertad en el hombre se da conforme a la aceptación de sus obligaciones que tienden al bien universal. En la formación, Hegel sustenta ello al indicar: “Este es el derecho infinito del sujeto, el momento esencial de su libertad: que el sujeto halle su propia satisfacción en una actividad o trabajo” (Hegel. 1980., pág.81), se evidencia de esta forma, cómo a través de la formación se realiza de manera efectiva la unión entre la subjetividad del individuo y la universalidad del espíritu⁶ en tanto deber.

De esta manera, la relación entre el hombre y la cultura que se configura a partir de la formación, le permite a él (el hombre) entender su cultura como un proceso histórico cuya continuidad es responsabilidad suya; así, el hombre formado reconoce lo que se ha conservado y ha permitido el desarrollo de la cultura, haciendo parte de tal progreso histórico que gira en torno al perfeccionamiento de la misma y de sí respecto al espíritu ya que:

La diversidad de los conocimientos en y para sí pertenecen a la formación, porque el hombre se eleva de esa forma desde el saber particular acerca de cosas insignificantes del entorno a un saber universal, mediante el cual alcanza mayor comunidad de conocimientos con otros hombres, llega a poseer objetos de un interés universal” (Hegel G. 1991, pág. 109)

Hegel, expone como el hombre formado debe buscar el modo de servirle a la cultura al indicar como “los grandes individuos de la historia universal son, pues, los que aprehenden el sentido universal superior y hacen de él su fin; son los que realizan el fin conforme al concepto superior del espíritu. En ese sentido hay que llamarlos *Héroes*”⁷ (Hegel G. , 1980, pág. 91). Tal héroe, es el hombre que correctamente formado encuentra su lugar en la cultura, pasando de su

⁶Tal unión, es planteada por Hegel, al aseverar la manera en que “el hombre como individuo se relaciona consigo mismo. Él posee la doble vertiente de su singularidad y la de su ser universal. Su deber para consigo consiste por tanto en parte en su conservación física, y en parte en elevar (este) su ser individual a su naturaleza universal, en formarse” (Hegel G. , 1991).

⁷ Aquel es el hombre culto, que encontramos descrito en tres aspectos planteados por Hegel en sus escritos pedagógicos, donde: “él debe 1) salir de lo natural, liberarse de él, 2) por el contrario, debe estar *sumido* en su profesión, lo esencial y, por consiguiente 3) no solo ser capaz de reducir la satisfacción de lo natural a los límites de la necesidad, sino también de sacrificarla a deberes superiores. (Hegel G. , 1991, pág. 111)

ser individual al ser universal, dejando sus inclinaciones personales al llevar sobre sí los fines universales.

Teniendo en cuenta lo anterior, para Hegel no solo se debe formar el hombre en su sentido práctico, sino también desde su parte más íntima, es decir, su intencionalidad, pues la formación del hombre se debe entender en todos sus aspectos. De esta manera, la formación del individuo se ve realizada en el momento en que este se somete a la voluntad universal o de la cultura. Es en ese momento de entrega en el que la libertad, la voluntad y la necesidad confluyen en una unidad, denominada *Espíritu universal*.

Por esta razón la *Bildung* se piensa como lo que hace posible una relación de reflexión entre el individuo y las posibilidades de la realidad. Allí, entra la filosofía de la historia, por cuanto pasa a ser una formación. Por ende, formación y espíritu constituyen las bases del desarrollo con relación a un fin universal de la historia con respecto al espíritu, es decir, la manifestación de este en la realidad. Así, la historia es en cuanto despliegue del espíritu, un permanente devenir⁸ sobre sí, sobre la idea y su transformación a partir de un constante retorno. En ese sentido, Hegel incluye al hombre en el movimiento del espíritu a través de la formación. En donde el hombre formado, es el que en su ser espiritual en el cual vive hace de su subjetividad un universal, una potencia que transforma su tiempo. Al ser la historia individual la naturaleza del hombre, a partir de su relación con la cultura el espíritu se realiza.

Lo anterior da cuenta de la razón por la que la *Bildung Roman* en Hegel, encuentra en el retorno hacia la antigüedad – Griegos y Romanos – un momento histórico del espíritu en el que la formación del hombre culto se presenta en todo su esplendor, razón por la que en la modernidad es un sustento conceptual de la *Bildung*:

El espíritu y la meta de nuestro Centro es la preparación para el estudio culto, y ciertamente una preparación que esta cimentada sobre los griegos y los romanos. Desde hace algunos milenios, esta ha sido el suelo sobre el que se ha asentado toda cultura, desde el que ha germinado y con el que ha permanecido en conexión permanente. Así como los organismos naturales, las plantas y los animales, ofrecen resistencia a la gravedad, pero no pueden abandonar este elemento de su

⁸ Este no se es un devenir de lo diferente, tampoco implica cambios sustanciales teniendo en cuenta que el devenir en Hegel es “el devenir de sí mismo, el círculo que presupone y tiene por comienzo su fin y que solo es real por medio de su desarrollo y su fin” (Hegel G. W., 1985, pág. 16)

esencia, así todo arte y toda ciencia ha brotado de aquel suelo; y aun cuando también se hayan vuelto autónomos en sí, no se han liberado del recuerdo de aquella cultura más antigua. De la misma manera que Anteo renovaba sus fuerzas mediante el contacto con la tierra maternal, así también todo nuevo impulso y consolidación de la ciencia y de la cultura se han abierto paso mediante el retorno a la antigüedad.” (Hegel G., 1991, pág. 6)

En efecto, se evidencia una reflexión sobre el pasado, encontrando allí sus características más nobles a partir de las cuales se establece la formación del hombre culto en la modernidad con respecto a la cultura, la universalidad del espíritu y del conocimiento.

A partir de lo anterior, Hegel instaura en la formación del hombre culto el estudio de las lenguas griega y latina, ya que al ser estas en las que se construyeron los conceptos universales, deben ser aprehendidas para entenderlos junto con las obras antiguas en su esencia, para conocer su verdadera belleza, pues como indica Hegel: “El contenido nos lo proporcionan tal vez las traducciones, pero no su forma, no su alma etérea” (Hegel G. , 1991, pág. 11) además, las obras de los antiguos son reflejo de la cultura donde el espíritu de la naturaleza ha encontrado su máxima expresión.

Aun así, para Hegel, la formación del hombre culto y sabio no se remite solo a la función contemplativa respecto al reconocimiento del espíritu universal y la cultura. Hegel encuentra en los griegos que el hombre culto – el filósofo – también es un hombre práctico. Esto debido a que a través de la educación militar y los ejercicios físicos que esta implica se forma en el hombre una actitud de defensor⁹ de su tiempo, de la cultura a la que pertenece y sobre la que se desarrollan sus funciones, por lo cual habrá de defender la continuidad de esta y su progreso.

De esta manera se evidencia como en la formación del hombre moderno se debe reflejar un segmento del hombre antiguo, su condición de sabio – o bien de artesano – consagrado a su cultura y a la continuidad de ella, no solo desde la aprehensión de esta sino también desde su defensa. Por lo tanto, el hombre bien formado debe ser consiente de todas las posibilidades que recaen sobre sí al identificarse con su cultura en tanto proceso histórico.

⁹ Hegel lo plantea con el ejemplo del guerrero que se formaba en la antigüedad y que, reconocía como responsabilidad suya ser participe, en caso de tener que serlo, en una contienda en la que deba defender su estado, en donde no importa su condición social sino su capacidad de poder defender el pueblo y el estado, (Hegel G. , 1991)

Respecto a la formación, entendida como un proceso referido a una concepción histórica del despliegue del espíritu universal en la idea y la cultura, Gadamer piensa esta con respecto al proceso formativo del hombre a partir de una pregunta direccionada por medio de la comprensión. Retomando lo planteado por Hegel sobre el desconocimiento, respecto a la formación del hombre, Gadamer dirá: “¿Cómo es posible la comprensión? Es una pregunta que procede a todo comportamiento comprensivo de la subjetividad”. (Gadamer H.-G. , 1993) Teniendo en cuenta ello, Gadamer encuentra que la comprensión no es un simple hecho que se funda en la individualidad que surge frente a un objeto de conocimiento, pues dicho comprender responde a características históricas, en palabras de Gadamer se ha de “Mostrar lo que es común a toda manera de comprender: que la comprensión no es nunca un comportamiento subjetivo respecto a un <<Objeto>> dado, sino que pertenece a la historia efectual, esto es, al ser de lo que se comprende” (Gadamer H.-G. , 1993, pág. 13), identificándose allí la comprensión como un hecho que parte de un desarrollo histórico.

Por lo anterior, se entiende al hombre como resultado de un ser que se da en la experiencia, es decir, una complejidad que ha tenido un proceso histórico – cultural, respecto al que ha de ser formado correctamente para la comprensión crítica, en donde ha de encontrar lo esencial y no esencial para la continuidad de dicho proceso. De esta forma, en Gadamer aparece al igual que en Hegel el sentido histórico y universal de la cultura en función de la formación; se entiende la formación como lo que permite conocer la configuración histórica de la cultura en la que se encuentra el hombre en tanto su sentido. Por ello, la formación busca cultivar las capacidades humanas del hombre entendido como individuo de la cultura. Teniendo en cuenta lo anterior, la *Bildung Roman* debe ser entendida desde la definición del ideal de hombre y no como un medio a través de cual este llega a serlo. En ese sentido la formación se refiere al hombre de la cultura como un constante progreso.

En la formación: el retorno, la transformación y la conservación del conocimiento expresan el carácter histórico de esta. Respecto a ello, la formación abarca todo el ser racional del hombre en tanto teoría y práctica, allí, la *Bildung Roman* logra moldear la expresión del hombre sobre el porvenir de la cultura. En ese sentido, surge en el hombre formado una nueva idea de identidad, en la que supera la inmediatez de su en sí, de su individualidad,

configurándose ahora desde un sentido histórico; puesto que: el carácter práctico e histórico de la formación en Hegel se da en el reconocimiento de sí en otro, es decir, reconocerse en la exterioridad universal y la cultura, Gadamer presentará como:

En esta descripción de la formación práctica de Hegel puede reconocerse ya la determinación general fundamental del espíritu histórico: la reconciliación con uno mismo, el reconocimiento de sí mismo en el ser otro. Esto se hace aún más claro en la idea de la formación teórica; pues comportamiento teórico es como tal siempre enajenación, es la tarea de <<ocuparse de un no inmediato, un extraño, algo perteneciente al recuerdo, a la memoria y al pensamiento>> (Gadamer, 1993, Pág. 42)

Partiendo de lo anterior, para Hegel la formación le enseña al hombre a reconocer y apropiarse de sus posibilidades y relaciones con la historia, que a partir de su sentido de validez¹⁰, en tanto universalidad son aprehendidas. Por ello, Gadamer se referirá a la formación, no solo como lugar de despliegue y desenvolvimiento del espíritu, sino también como espacio en el que se desarrolla la configuración del *hombre culto*.

Al identificarse la formación como un proceso histórico, Gadamer hablará sobre el hecho de cómo la memoria, entendida como capacidad humana ha de ser formada, pues esta no es una memoria libre de recordar, ya que se establece por medio de su formación una determinación respecto a lo que se debe y no se debe recordar – o, retomando a Hegel, reconocer una distinción entre lo esencial y lo no esencial en la historia y el retorno del espíritu sobre sí y la idea – definiendo lo conveniente y lo inconveniente de la formación ético – práctica de acuerdo con la historia, logrando establecer las formas de olvidar y recordar – estas, como espacios donde surge la empatía que se plantea respecto a lo antiguo, uniendo esto antiguo con la historia actual para, de esta forma, determinar las maneras de ser y de conocer – .

La formación, que también se transforma a partir de un devenir sobre sí, no puede alejarse de su estudio histórico. Pues, de esta manera, la formación trae consigo el elevarse sobre sí mismo hacia la universalidad, ver desde la homogeneidad, es decir, representa una conciencia general que se despliega sobre el sentido de las posibilidades del hombre en la cultura; allí, la

¹⁰ Este, representa un filtro en la construcción de pensamiento en tanto mecanismo limitante del mismo, que a través de la dialéctica forma una sistematización lógica del saber potenciando este a partir de lo monumental en torno a un mejoramiento que, trae consigo la negación de lo diferente. (Hegel G. , 1974)

formación implica el reconocimiento de sí en otro, un *Sensus Communis* entendido este como lo universal que es aprobado por todos en tanto juicios prácticos¹¹.

A partir de ello, se encontrará el sentido del bien, la verdad y lo bueno como un censo histórico y universal – el cual se encuentra en los ideales de la cultura griega –. Tal sentido es recogido por la *Bildung Roman* puesto que, allí encuentra el referente para la nueva configuración del *Sensus Communis* con el que busca romper la oposición entre el individualismo científico del hombre moderno y el ideal de las ciencias del espíritu: la conformación de una comunidad específica, es decir, el hombre de la cultura y no solo de la racionalidad abstracta.

Respecto a lo anterior, el hombre, al ser sobre quien recae la fundación y la continuidad de la cultura, ha de disponer de sus juicios correctamente formados; para ello, estos se han de formar entorno a la idea del *sentido común* planteado por Vico y retomado por Gadamer, y que, podría decirse, responde a la idea de reconocer lo esencial de lo no esencial en la vida del *hombre culto* de Hegel, pues:

El que posee una sano juicio no está simplemente capacitado para juzgar lo particular según puntos de vista generales, sino que sabe también qué es lo que realmente importa, esto es, enfoca las cosas desde los puntos de vista correctos, justos y sanos” (Gadamer H.-G , 1993, pág. 63)

Así, el hombre se forma para juzgar correctamente y, no solo lo hará partiendo de una generalidad aprehendida, sino que también lo hará partiendo de las posibilidades que tiene respecto a lo que ha llegado a comprender, en otras palabras, la capacidad de juicio tiene un desplazamiento natural que se universaliza respecto a las circunstancias en las que se desarrolla el individuo, lugar en el que al formarse los juicios se establece un modelo de formación respecto a la cultura en donde la identidad se transforma en universal.

¹¹ Gadamer retoma el concepto de *Sensus Communis* pensado por Vico, en el que se plantea una distancia respecto a la ciencia moderna, pues en esta, señala la manera en que se hace a un lado los pilares de la educación en la antigüedad, planteando así la formación del *Sensus Communis* en torno a lo “verosímil”. Ello representa la configuración de un sentido de comunidad en todos los hombres; así, se forma la voluntad orientada a la idea de pertenecer a un pueblo. (Gadamer H.-G. , 1993, pág. 50)

En consecuencia, Gadamer expondrá la formación del *buen gusto* en el hombre. Dicha formación del gusto no representa que este sea idéntico en todos los individuos de manera inmediata, como indica el autor, ello “no dice que cualquier otra persona valla a coincidir con nuestro juicio, sino únicamente que no deberá estar en desacuerdo con él” (Gadamer H.-G, 1993). Lo anterior, por cuanto cada juicio de cada individuo es diferente, pero no por ello, se puede dar a la negación de la universalidad que parte de tal “buen gusto” en tanto “sentido común”, todo lo contrario debe tender a ello, puesto que toda experiencia individual sobre lo bueno o el bien deviene universal.

De esta manera, surge en la *Bildung* el concepto de vivencia como lugar en que se realizan las formaciones de sentido objetivas sobre las cuales se han de establecer los juicios del individuo. Por lo tanto, vivencia se refiere a los aspectos que se recuerdan y que por ende han permanecido durante los progresos de la historia universal, en donde este encuentro con el mundo a través de la experiencia potencia la formación del sujeto en torno a los fines universales de la historia y la cultura.

En ese sentido, otra línea conceptual a propósito de la formación es la pensada por Conrad Vilanou, quien sostiene la formación como comprensión: respecto a la *Bildung* Conrad Vilanou aclara la manera en que en ésta, se evidencia el hecho de como el hombre formado, aquel *hombre culto y héroe* de su época es quien desde el ser espiritual en que vive hace de su individualidad una universalidad, una potencia que transforma la cultura de su tiempo, puesto que: “El individuo formado es aquel que vive como un ser espiritual en el mundo de la cultura de su tiempo siendo capaz de crear una nueva cultura, esto es, transformar el espíritu subjetivo en espíritu objetivo” (Vilanou, 2002 , pág. 2012).

Esta transformación en el hombre, se realiza cuando interpreta y comprende, y, se forma una responsabilidad cultural sobre la cual actúa el fin último e histórico del espíritu, pues de acuerdo con Vilanou:

En cualquier caso, el espíritu objetivo —las objetivaciones de la vida espiritual— moldean y forman al individuo, sin que ello implique ninguna camisa de fuerza para su personalidad. Gracias a este proceso, la cultura —o lo que es lo mismo, el espíritu objetivo— se convierte en espíritu objetivado que es apropiado por cada individuo particular. De este modo, se produce una idealización de la historia

humana que se fundamenta en la tendencia a contemplar la historia desde el prisma de la «historia espiritual» (Vilanou, 2002 , pág. 212).

En ese orden de ideas, se posibilita encontrar la manera en que a través de la formación se produce una concepción específica de escuela y por ende de educación, sobre las cuales recae de forma objetiva la responsabilidad de configurar al hombre en relación a un fin específico, donde, aunque el sujeto que se forma disfruta de libertades individuales, no obstante, debe desde dicha individualidad orientarse hacia el ser objetivo de la cultura para convertirse en ese hombre que ha de responder a las necesidades o dinámicas del entorno en que se encuentra. Así, el hombre es conducido a partir de su formación a la vida civil o formal predeterminadamente, es decir, con un objetivo que tiene como fin a partir de la identidad del sujeto con su momento histórico instaurar en él la idea de apego y, en consecuencia, el sentido de consolidación y continuidad de su cultura, entendiendo ello como un deber.

En ese sentido, la formación funciona como el medio a través del cual se moldean las relaciones prácticas entre el individuo y la cultura, es decir, es a partir de allí que se instaura en el sujeto una nueva forma de identidad, que en este caso está ligada al quehacer cotidiano en que se reconoce como individuo. Por lo tanto, se hace referencia a la escuela como espacio que efectúa tal relación de manera óptima; teniendo en cuenta que allí se forjan las nociones de objetividad, de memoria, de deberes y de valores, sobre los cuales se ha constituido desde su proceso histórico la cultura a la que el individuo pertenece. Lo que implica cómo el *hombre culto* es quien optimiza y da continuidad al indeterminado progreso de la cultura y de sí mismo, despojándose a sí de sus inclinaciones personales y elevando sus actos y su pensamiento a la universalidad que sobre su vida recae.

Teniendo en cuenta lo anterior, en la especificidad del hombre formado no se restringe la libertad y el pensamiento autónomo aunque, se logran moldear estos aspectos en torno a una idea o concepto general, que parte de las implicaciones que traen consigo esas nociones respecto a la historia y a la cultura, en otras palabras, el hombre culto o formado se entrega voluntariamente a los ideales de la *Bildung* y se apropia de manera autónoma de los fines que esta representa haciéndolos fines propios; así, la formación constituye el permanente trabajo de una educación que se fundamenta en la permanente construcción de la cultura.

La *Bildung*, entonces, se ha constituido como un concepto rector sobre el cual se ha construido una idea de educación y de escuela, para una época en la cual el hombre más que un sujeto ilustrado, debe ser un *hombre culto*, aquel cuyas capacidades individuales deben orientarse en torno al bien general, que es en otras palabras ese sentido universal y objetivo de la cultura y en favor del estado que sostiene no solo a un hombre, sino también, a un pueblo entero. Siguiendo esta consideración, toda institución educativa en tanto espacio para la formación del hombre, debe cumplir con la función, es más, con el deber de a través de la enseñanza liberar al sujeto de un ensimismamiento y orientarlo hacia ese ser universal del espíritu, que por medio de la auténtica cultura, a la cual se llega recogiendo lo mejor de esta en su acontecer histórico, une a los hombres y le da un sentido a la existencia.

Por consiguiente, se ha dirigido la mirada al pensamiento de Gadamer, puesto que con este pensador se presenta un contundente retorno hacia el concepto de *Bildung*. Con Gadamer, surge una nueva manera de pensar el concepto de *formación* y cómo a través de dicho concepto se construye cultura. Lo anterior, teniendo en cuenta que a lo largo de sus posturas conceptuales se expone la forma cómo el sujeto, el niño que se forma a través del diálogo y sus relaciones con lo otro generan un campo de interpretación y representación específico que giran en torno a lo correcto, es decir, a lo culturalmente aceptado, lográndose así concretar un vínculo con la cultura. Por lo tanto, el espacio para la formación, es decir, la escuela se concibe como ese lugar en cual se formalizan los enunciados de la cultura y la objetividad de los espacios del saber en función de esta.

Capítulo 2

Gadamer: una revitalización a la idea de *formación* de Hegel.

Al retomar Gadamer el concepto de *formación* edificado por Hegel, plantea este como aquella cualidad del ser humano desarrollada por él en su acontecer histórico. Siendo este acontecer sobre el que reposa una formación cultural a partir de la cual el hombre ha definido y estructurado los saberes que se orientan en función de dicha cultura, desde esta perspectiva, se han establecido los criterios determinantes para la formación del sujeto en función de aquello productivo y no productivo para los fines y el progreso de la cultura. En medio de esta dinámica se enmarca el campo de la formación del sujeto como el ideal que permite comprender la dimensión universal de la historia en términos de la cultura.

El concepto de *formación*, es pensado como aquello que le permite al sujeto llegar a comprender. Partiendo de esta idea de la formación, Gadamer realiza una conceptualización de la educación respecto a esta. Así, Gadamer le da a la formación un matiz de individualidad en la educación y piensa ésta en su relación con el lenguaje, puesto que, es por medio del lenguaje que

el sujeto se establece y se relaciona con el mundo y con otro ser humano, llegando a ello a partir del momento en que se aprende a hablar, se adquiere un lenguaje y surge el diálogo que permite llegar a comprender. Teniendo en cuenta lo anterior, encontramos en Gadamer una forma de pensar la pregunta por cómo nos educamos; a lo cual responde: “Solo se puede aprender a través de la conversación” (Gadamer, 2000, pág. 10).

Esa suerte de individualidad, con la que Gadamer se refiere a la forma sobre cómo uno aprende algo, es definida cuando se describe la capacidad de aprender como “*un formarse, un educarse*” (Gadamer H.-G, 2000, pág. 8), actos a los cuales se llega libre y necesariamente en el transcurso de la vida por medio del lenguaje y el diálogo. Educarse es la manera en la que el sujeto aprende aquello a lo que está dispuesto desde su nacimiento, a saber: aprender a hablar, aprehender las palabras con las cuales nombra el mundo y le permiten iniciar aquel camino hacia la formación que, en consecuencia, corresponde a la forma en que a partir de las palabras, el lenguaje y luego el diálogo se llega a comprender lo *Otro*. Así, podemos evidenciar la forma en que se aprende a hablar, pero se dificulta conversar, siendo ello algo que se desarrolla con los años al relacionarse y querer comprender lo *otro* y en sentido contrario, hacerse comprensible.

Gadamer, al concebir la educación y la formación¹² como un proceso por el cual el sujeto transita de forma natural, es decir, autónoma e inacabada, que tiene como punto de partida y eje fundamental el lenguaje, se cuestiona: “¿Quién es propiamente el que educa? ¿Cuándo comienza propiamente la educación?” (Gadamer H.-G, 2000, pág. 12). Estos interrogantes se sostienen en el lenguaje en tanto conversación, es decir, lo que allí se pretende es señalar la forma de cómo a través del diálogo se posibilita comprender y por consiguiente reconocer el mundo objetual en que vive el sujeto. De esta manera, a partir de su relación con el mundo el sujeto se educa; la educación empieza, pues, en el momento en que se aprende a hablar y dirigirse – aproximarse – al mundo; luego, en el encuentro con el *Otro* surge el diálogo, siendo

¹² Gadamer, retoma el concepto de “Formación” – Bildung – del Romanticismo Alemán, en donde: “La formación pasa a ser algo muy estrechamente vinculado al concepto de cultura y designa en primer lugar el modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades del hombre” (Gadamer, 1993, pág. 39). Por otro lado, la educación es el medio utilizado por Gadamer para traer a la actualidad dicha formación, pues ve este espacio como aquel lugar donde se construyen relaciones humanas entorno al conocimiento y la convivencia que lleva al sujeto a la necesidad de formarse.

este el lugar donde se materializa la formación, permitiendo la construcción de las relaciones humanas.

En el educarse, se encuentra la forma como el sujeto acepta las enseñanzas, los conceptos que le son transmitidos luego de aprender a hablar en la escuela, los cuales, como instrumentos para la vida, le permitirán llegar a formarse y ser parte de una sociedad. De esta manera, se aprende a escuchar las palabras, estas, son aquello que más penetra en el ser del sujeto quedando así instauradas de forma correcta en él. Del mismo modo, teniendo en cuenta que “todos estamos cobijados bajo el techo del lenguaje...” (Gadamer H.-G, 1999, pág. 31) se aprende, entonces, a comunicarse a hacerse entender los unos con los otros a través de ese *algo común* llamado lenguaje. Así, al ser el diálogo el lugar donde las palabras se presentan espontáneamente, abiertas a múltiples posibilidades, se aprende pues, a escuchar, a entender y en consecuencia a convivir con lo otro en tanto posibilidad de aprendizaje a través de la comunicación, ésta, indica Gadamer “No quiere decir agarrar (*ergreifen*), prender (*begreifen*), posesionarse o tomar a disposición, sino participación común en el mundo del entenderse” (Gadamer H.-G, 1996, pág. 264).

Teniendo en cuenta lo anterior, el ideal de la formación como fin práctico conduce, pues, a esa proyección cultural a través del ser del hombre formado adecuadamente a partir de su relación con lo otro. Por ello, la educación es vista como un espacio de diálogo que permite desplegar sistemáticamente el ideal de la formación: que el hombre se dirija y adhiera a la cultura de forma libre, pero, al mismo tiempo necesaria. Así, la relación con el otro a través del diálogo es el sostén de la educación y la formación puesto que, allí buscan entenderse los unos con los otros, para así acceder a un *educarse recíproco* que permite ampliar *nuestro horizonte mundano* hacia una proyección universal de la cultura. Gadamer, fundamenta dicha reciprocidad a través del planteamiento que realiza entorno a la *obra de arte* en donde fortalece conceptos con los que se refiere a la formación. Teniendo en cuenta que en el arte se manifiesta la intención de comprender, que permite una forma de diálogo entre la obra y aquel que la observa. Gadamer describe, como en este espacio surge una conversación que posibilita lo que él llama *experiencia del arte*, es decir, un encuentro pleno entre la subjetividad y la obra. En ese sentido, la relación entre la obra de arte y la formación se da en tanto allí se presenta la posibilidad concreta de conversar, produciéndose lo que Gadamer denomina *Participación*, que en el diálogo genera un

intercambio de posibilidades que giran en búsqueda de la comprensión de lo *otro*; y, así como en la formación el efecto de *participación* en la obra es un movimiento-acercamiento en cual uno rellena ese espacio vacío y lleno de posibilidades hacia el que apuntan tanto la obra como las palabras y las frases en la conversación, por lo tanto:

“Ese peculiar juego de intercambio del desafío que lo otro, lo incomprendible representa, y al que responde el que quiere comprender, preguntando e intentando comprender como respuesta, no solo juega entre tú, yo y aquello que nos decimos mutuamente, sino también entre la <<obra>> y yo, a quien dice algo y que cada vez quisiera saber qué es lo que dice” (Gadamer H.-G, 1996, pág. 255).

En consecuencia, es a partir de dicha reciprocidad sobre la cual se enmarca el diálogo del sujeto con lo otro; así, a través de tal relación se desarrolla el constante esfuerzo que realiza el sujeto para llegar a comprender¹³. En ese sentido, el hablar se hace un hablar mutuo en medio del cual se está dispuesto a dejarse decir algo y en correspondencia, decir también, algo susceptible de ser comprendido por el otro. Por lo cual, Gadamer sostiene la forma como la figura del maestro se desdibuja frente al hecho de que nos formamos a nosotros mismos y no a través de una lección definitiva.

Ahora bien: “el ser que puede ser comprendido es el lenguaje” (Gadamer H.-G, 1996. Pág. 2), esto es señalado por Gadamer teniendo en cuenta la inquebrantable relación existente entre formación y lenguaje, puesto que, es allí donde toda expresión surge en el encuentro entre el sujeto y la naturaleza, en la cual, se forma y desarrolla la incabada capacidad que tiene el sujeto en su acercamiento con el mundo, entendido éste como eso otro objeto de conocimiento. De esta manera, desde el momento en que se aprende a hablar – lo que Gadamer denomina educación básica – el lenguaje se consolida como el sustento que permite la relación dialógica con lo *Otro*. El lenguaje pensado en términos de la formación es aquello que le permite al sujeto entrar en el mundo y expresar a través de las palabras su pensar respecto a este, un pensar que progresa y se forma pasando de ser un pensar vago a un pensar correcto, en el cual el sujeto se

¹³ Aquello que se comprende, es en Gadamer algo enseñable y en consecuencia perdurable. En ese sentido, lo que se comprende es aquello que se reconoce; y, dicho reconocimiento: “No es simple repetición de conocimiento, sino <<experiencia>> en sentido pleno de la palabra: un viaje en cuya meta la conocido se une con conocimiento nuevo para, hacerse saber perdurable” (Gadamer, 1998, pág. 182). Respecto a ello, este planteamiento es cuestionado y, puesto en discusión por Nietzsche, discusión hacia la cual vamos encaminados y será revisada más adelante.

une al ser universal y objetivo del mundo y todo lo que lo compone puesto que, como seres lingüísticos:

Nos dejamos guiar por el lenguaje, que está en un plano superior a toda conciencia subjetiva. Estamos como quien dice entretejidos en el lenguaje, y es él el que, sin que nosotros lo supiéramos, nos ha venido moldeando e inspirando por medio de su modulación y articulación (Gadamer H., 1998, pág. 204)

Esto, teniendo en cuenta que es en el contexto de la vida el lugar donde las palabras le imprimen orden y sensibilidad al mundo a partir del cual nos formamos. Gadamer, desarrolla este planteamiento refiriéndose a la primera instancia en la que el sujeto aún sin saber hablar se comporta frente al mundo, de tal manera que éste “empieza con ciertos juegos, quiere coger algo y parece complacido, incluso orgulloso de poder hacerlo. Todavía no puede coger ni querer realmente pero, con todo, uno percibe el gozo y un primer sentirse bien en ello” (Gadamer H.-G, 2000, pág. 13), lo cual representa la forma en que se inicia la progresiva relación entre el sujeto y el mundo en función de la comprensión.

Entonces, ese *sentirse en casa*, es aquel instante donde surge algo así como la amplia soledad de la comprensión, es decir, el momento en el cual sale a flote la plena subjetividad del hombre en su encuentro con el mundo donde se encamina a hacerse propio eso otro ajeno que, al ser objeto de una experiencia indeterminada le permite *Educarse y Formarse*. Ahora bien, esto ocurre y progresa por medio del lenguaje como aquellas palabras que le dan orden, identidad y utilidad a cada cosa del mundo de la vida que permite el surgimiento del diálogo en el sujeto tanto consigo mismo como con el otro, construyéndose un intercambio de experiencias con las que logra llegar a la comprensión. De esta forma, el sujeto llega a un pleno *Sentirse en casa* en medio de las etapas en las cuales se vincula con el mundo, desde la incipiente relación de la infancia a la compleja y permanente reciprocidad conformada en el diálogo a partir del momento en que aprende a hablar.

Esta relación que se cimienta en el lenguaje y, en consecuencia, en el diálogo, es el medio que permite llegar a interpretar y comprender el mundo. Respecto a lo anterior, el lenguaje es aquella capacidad que a través del diálogo expresa la forma en que el pensamiento se refiere al mundo, permitiendo en su uso correcto comprender el contexto y los objetos sobre los cuales actúa la palabra. Teniendo en cuenta lo anterior, Gadamer describe como el lenguaje vive en el

diálogo en función de una producción de sentido¹⁴, (Gadamer H.-G, 1993, pág. 147) sobre el cual el hombre participa, llegando a hacer de esta producción de sentido un saber práctico que orienta su lenguaje y en consecuencia su actuar en el mundo. Dirigiéndose los hombres “Hacia el entendimiento mutuo, hacia el que estamos predispuestos, al parecer, en nuestra condición de seres pensantes” gracias a lo cual “...Obtenemos algo así como un terreno común, un lenguaje común y la comprensión” (Gadamer H.-G, 1993, pág. 148).

En consecuencia, el diálogo se presenta como el lugar donde los hombres buscan ese *Algo común*, siendo este aquel direccionamiento que a través de la palabra permite acceder a lo correcto, es decir, interpretar de la manera más adecuada el mundo para acercarse a la comprensión del mismo; esta es, pues, la manera como los hombres se encuentran con el fin de <<entenderse>> reciprocamente con respecto al mundo de la vida. (Gadamer H.-G, 1993).

Teniendo en cuenta lo anterior, el acto de la interpretación se posiciona como aquello en lo que se busca esa *aproximación a lo correcto* en medio del lenguaje y el diálogo en búsqueda de la comprensión. Entonces, el sujeto interpreta a través de un diálogo con lo otro, con aquello indeterminado que le *dice algo* y que como lenguaje práctico lo orienta en el mundo; así, la interpretación es entendida como un acto de la subjetividad que por medio de la escucha¹⁵ y el habla dirige al sujeto hacia la comprensión de lo otro. Por lo tanto, en medio del diálogo tanto en su ser indeterminado como en su formación definitiva, el lenguaje es entendido como aquellas palabras que en tanto conceptos universales aproximan la interpretación del hombre al sentido correcto de las cosas, siendo esta la forma como el orden objetual del mundo y de la cultura se sobrepone a toda intuición subjetiva del pensamiento. Así: “la interpretación culmina en la desaparición del intérprete y en la presencia exclusiva de lo interpretado, un ideal que, por su puesto, solo puede alcanzarse aproximadamente” (Gadamer H.-G, 1993) de acuerdo con lo

¹⁴ El sentido, es pensado por Gadamer como aquello que antecede la comprensión puesto que, es sobre lo cual se desenvuelve en tanto unidad lo otro, lo escuchado, lo observado, permitiendo seguir un horizonte correcto hacia el comprender, en donde se entiende lo que esto otro en verdad dice. Así, el sujeto puede llegar a interpretar un sentido pleno en el que la comprensión de algo en su totalidad, se hace saber perdurable; mientras, contrario a lo anterior, se puede llegar a un sentido equivoco en el que se comprende tan solo una parte de lo otro. Un ejemplo claro es, como indica Gadamer, el hecho de que “ninguna palabra tiene sentido sin su contexto” (Gadamer H.-G., 1999), es por esto que, por medio del lenguaje accedemos al sentido universal del mundo comprendiendo nuestro papel en este.

¹⁵ Gadamer plantea aquí, la figura del “*oído interno*”, que es aquello con lo que el yo le da una tonalidad singular a lo que escucha y lee; es pues, la subjetividad amplia del oír algo donde el yo encuentra lo esencial de aquello con lo que conversa y lo hace propio de su entendimiento en tanto comprensión. (Gadamer H.-G, 1996).

anterior, se muestra al hombre formado que interpreta correctamente, visto también como materialización de la idea de lo correcto. A partir de esta perspectiva, Gadamer se pregunta con respecto a la educación:

¿Quién educa aquí? ¿O es esto un educarse? Es un educarse como el que percibo en particular en la satisfacción que uno tiene de niño y como alguien que va creciendo cuando empieza a repetir lo que no entiende, por fin lo ha dicho bien, y entonces está orgulloso y radiante. Así, debemos partir quizá de que nos educamos a nosotros mismos, que uno se educa y que el llamado educador participa solo, por ejemplo como maestro o como madre, con una modesta contribución (Gadamer H.-G, 2000, pág 15).

La educación del sujeto, es pues, ese esfuerzo por situarse adecuadamente en el mundo con respecto a aquello ajeno que, en tanto tradición supone un actuar y aprender común, es decir, apropiado por parte del hombre que se forma para la vida en comunidad, donde un factor determinante es la forma como allí quedan instaurados en el ser del sujeto a través del lenguaje los conceptos universales sobre los que se sostiene el mundo en tanto tradición. De manera que, el hombre, luego de culminar su primer encuentro con el mundo en el hogar se dirige a la escuela donde el lenguaje adquiere una nueva forma y consistencia, pues, es allí donde se forman nuevas y definitivas maneras de relacionarse-con en la cotidianidad, dando como resultado el surgimiento del diálogo con el otro ser humano, lugar donde se abre campo la formación del sujeto.

Así, la escuela es el lugar donde a través de las enseñanzas que se reciben, el sujeto, en su relación con el otro transforma su interpretación del mundo entorno a una idea de lo correcto que, representa la forma como este debe ser comprendido para hacer parte de él efectivamente. La interpretación se presenta como aquel espacio donde el sujeto tiene un encuentro más amplio con el mundo y con otro ser humano, relacionándose así distintas formas de interpretar dicho mundo a través del diálogo.

Teniendo en cuenta lo anterior, la escuela permite un despliegue del lenguaje a través del diálogo en tanto allí, se presenta una relación vital entre los individuos que conversan y le imprimen a la palabra aquella sensibilidad que le da continuidad a la conversación de forma natural y sin mediadores que la direccionen; allí hablar y comunicarse, no es ese saber incipiente en el cual solamente se dice algo que sale al mundo y se diluye en un hablar y oír

vacío; por el contrario, ha de considerarse la escuela a partir de la formación como el lugar donde hablar es un acontecimiento en el que la vida se realiza en tanto es un vivir-con, dialogar-con, es decir, una conversación en, con y por el otro conviviendo así en una construcción de aprendizaje recíproco. La educación es, entonces, el lugar donde se aprende a escuchar lo que la palabra *Nombra y llama a la presencia* permitiendo formar-se:

El lenguaje consiste en conversación. Es una forma de relacionarse-con tanto a la hora de conversar lo antiguo como a la hora de renovar. Téngase en cuenta que una conversación no se limita a cambiar información, sino que sirve también para aproximarse. Allí donde se logra realmente una conversación, los interlocutores ya no son exactamente los mismos cuando se separan. Están más cerca el uno del otro. Hablar es un hablar conjunto, y esto crea algo común. De esta manera todos practicamos con el otro y en el otro nuestro juicio (Gadamer H.-G, 1998).

Ahora bien, de qué manera llega uno a aproximarse a lo otro en medio del diálogo si no es a partir de la pregunta. A la comprensión se llega a través de una pregunta que surge entre *El tú y el Yo* respecto a una frase, a una palabra que se busca entender; es decir, para llegar a comprender algo debe haber un esfuerzo entorno a ello cuando se entra en el diálogo con alguien o con el mundo, allí radica la posibilidad de llegar a comprender lo que se escucha. Por lo tanto, en el diálogo con lo desconocido siempre hay una pregunta que *se impone*, es ese esfuerzo por entender lo que no sale a la luz¹⁶, siendo así, el diálogo, un movimiento inacabado en donde habita la comprensión.

Por consiguiente, se evidencia el esfuerzo que realiza Gadamer al pensar y resaltar la labor y el valor que tienen la pregunta y *el otro* en el diálogo entre el sujeto y aquello con lo que este se relaciona, bien sea una obra, un texto, o un individuo; y define ello como: *Un intercambio de participación*, en el que encuentra un *educarse recíproco*; a lo cual indica “Tal como lo veo, lo más importante sería ser capaz de contestar cuando se nos pregunta y ser, a su vez, capaz de hacer preguntas y recibir respuestas” (Gadamer, 2000, pág. 30). Así pues, hablar consiste en una labor conjunta en la cual aquellos que hablan buscan dirigirse correctamente hacia el mundo. Pero, para realizar correctamente esa labor, se debe aprender lo que Gadamer llama *el arte de comprender* que:

¹⁶ Aquello que sale a la luz, es pues, lo correcto, lo bueno, lo comprensible en tanto representa un avance en el conocimiento universal del ser humano y, por ende, de la comunidad.

Consiste seguramente y ante todo en el arte de escuchar. Sin embargo, a ello hay que añadir la posibilidad de que el otro pueda tener la razón, el otro se encuentra de entrada en una mala situación si ambos lados no sienten esto” (Gadamer H.-G, 1998, pág. 227)

Siendo lo anterior, algo a lo que ambas partes llegan en medio de un diálogo. Ahora bien, si toda relación humana se completa a través del diálogo en donde se comparten ideas, opiniones, críticas y demás, dicho diálogo lleva a la posibilidad de comprender y aprender del otro, y por consiguiente allí se construye el camino en el cual se llega a *Formar-se*.

Gadamer, respecto a la idea de diálogo, hace énfasis en la importancia de la lengua materna, esto, teniendo en cuenta que es en la lengua materna sobre la cual se sustenta el encuentro del sujeto con el mundo, puesto que en ella se aprehenden las palabras con las que se nombra todo aquello que compone y le permiten al sujeto moverse en dicho mundo, permitiéndole construir el lenguaje y la conversación que, como se ha enunciado, le da acceso a la comprensión.

Teniendo en cuenta lo anterior, Gadamer da por sentado que: “La lengua materna persistirá en el mundo con absoluta seguridad” (Gadamer , 2002 , pág. 26), indica esto, teniendo en cuenta que ha evidenciado cómo al ser la lengua materna el medio a través del cual se llega a comprender el mundo, siempre estará presente en el sujeto, que, aunque puede aprender e incluso apropiarse de una lengua extranjera, siempre se dirigirá a ese principio dialógico con el cual inicio su relación en tanto aprendizaje con el mundo. Además, es necesario entender el hecho de que la lengua materna es en la cual “uno hace preguntas y aprende, y mantiene conversaciones como adolescente” (Gadamer, 2002 , pág. 27) es decir, en el proceso de conocimiento del mundo, el sujeto, al situarse frente a aquello que le es extraño dispone de una opción para llegar a la comprensión, si por el contrario se encuentra con otro sujeto en medio de una conversación éste siempre desplegará sus dudas en su lengua materna, aun cuando ha sido expuesto a aprender otro idioma o incluso si llega a estar en medio de un lugar donde reina algún idioma diferente al suyo; puesto que, al ser la lengua materna un espectro de la identidad bajo la cual se manifiesta la voz interna de cada quien, esta, no podrá ser abandonada por el sujeto, pues como indica Gadamer: “Somos nuestro origen, y nuestro hogar está en nuestra lengua materna, que piensa con nosotros” (Gadamer, 1998, pág. 91) Entonces, la lengua materna es un espectro más de la

cultura pues se presenta como un objeto de identidad del sujeto y del pueblo al que él pertenece, por lo que Gadamer la toma como un sustento más para el concepto de *formación* con respecto a la cultura.

Al encontrar tal importancia de la lengua materna respecto al diálogo, Gadamer observa cómo ésta se fortalece por medio de la educación desde el hogar hasta la escuela y, en ese sentido, evidencia como en estos espacios se llega a la conservación y continuidad de la tradición, frente a lo cual se cuestiona ¿Para qué es uno propiamente educado?¹⁷ Allí, encuentra como en dichos espacios se posibilita la consolidación de las tradiciones con las cuales se llega a mantener la cultura y su sentido de objetividad, que se manifiesta en la unidad de las palabras aprehendidas en la lengua materna sobre las cuales se mueve el espíritu de la cultura. (Gadamer, 2000, pág. 23).

La lengua materna, llega entonces a cumplir una función vital en el ser del sujeto, puesto que, por medio de ella de acuerdo con Gadamer, el hombre *accede a su morada* con lo cual llega a *sentirse en casa*. El sujeto, accede a su morada cuando logra, en su forma más completa darle nombre y con ello sensibilidad y sentido – que si bien es objetivo, es decir, universal, le es también propio en tanto ha llegado hasta allí gracias a su constante esfuerzo por acceder a las palabras con las que se corresponde el mundo – a cada cosa extraña que le rodea desde la simplicidad del hogar a la complejidad de la vida en comunidad y que con el tiempo llega a serle familiar y por lo tanto, necesaria para su vida en el mundo de la cultura. También, se llega a estar en casa cuando luego de aprender a hablar y darle orden al mundo a través del *nombrar*, el sujeto logra aprender a comunicarse, a dialogar con el otro y de esta manera, comprender naturalmente el fin objetual – culturalmente aceptado podría decirse – del mundo en el que vive.

El hombre, accede a su morada a través del diálogo que en su ser individual realiza con el mundo. Permitiéndose aprender, interiorizar y organizar las palabras que definen su relación con lo otro. Por lo tanto, el acceso del hombre a su morada es ese sentir en tanto *Goce y tranquilidad*

¹⁷ Se es educado para llegar correctamente al encuentro con la cultura que recae sobre nuestro ser, esto se da a través de la formación. Es decir, la educación cumple la labor de acercar al sujeto a su proceso de auto-formación con la cual este se liga al mundo de la cultura comprendiendo el sentido objetivo de esta. En consecuencia, se aprende a pensar en sí mismo, pero, siempre en relación con lo otro a través de la convivencia.

que surge en el sujeto cuando al referirse a lo otro lo hace desde la comprensión que se forma cuando logra atribuir a eso otro una identidad y sentido correcto respecto a su ser en el mundo.

En consecuencia, el *acceso a la morada* del hombre enmarca la forma como el sujeto llega a estar-con y en el mundo, siendo partícipe de la continuidad histórica y el acontecer¹⁸ de éste. Gadamer ejemplifica lo anterior a partir de la forma en que el sujeto desde su infancia y su educación primera se va relacionando con el mundo a través de la conversación y la convivencia que, con el paso del tiempo y sus relaciones humanas le permite comprender y hacer suyo eso que antes le era extraño y que ahora sostiene su vida en comunidad con lo otro desde el diálogo, la comprensión y la formación de su juicio:

El que posee un sano juicio no solo está simplemente capacitado para juzgar lo particular según puntos de vista generales, sino que sabe también qué es lo que realmente importa, esto es, enfoca las cosas desde los puntos de vista correctos, justos y sanos. (Gadamer H.-G, 1993, pág. 63)

Gadamer plantea lo anterior, teniendo como antecedente el concepto de *Sensus Communis* que retoma del pensamiento de Vico. En este, encuentra la forma en que se construye, se ordena y por lo tanto adquiere un horizonte definitivo una comunidad, teniendo como su sustento el reconocimiento por parte de los hombres de la tradición cultural y por lo tanto objetiva en la cual se sostiene su vida en sociedad. Además, encuentra en Vico el hecho de cómo allí el hombre permanece en una búsqueda por lo bueno, lo correcto, es decir, camina entorno al sentido objetivo de la idea del bien reconocida en este *Sensus Communis*; a lo cual indica:

Para Vico en cambio el *Sensus Communis*, es el sentido de lo justo y del bien común que vive en todos los hombres, más aún, el sentido que se adquiere a través de la comunidad de la vida y que es determinado por las orientaciones y objetivos de esta. (Gadamer H.-G, 1993, pág. 52)

Por consiguiente, en la formación de un *Sensus Communis*, reposa la permanencia y continuidad de la tradición cultural de un estado-sociedad y a partir de allí se da también el establecimiento de una idea de hombre-ciudadano que responde a las necesidades de su momento histórico. En ese sentido, la educación cobra aquí importancia en tanto es en éste espacio de convivencia y comunicación humana en el cual al sujeto se le muestra paulativamente

¹⁸ Este acontecer al que se refiere Gadamer corresponde con la historia en su carácter monumental, es decir, el sentido que se le da al mundo a partir de los acontecimientos “universales” sobre los que se sostiene el desarrollo de éste.

a medida que crece las formas de orientarse y dirigirse hacia el mundo, con las cuales él, por voluntad propia, se ha de adherir a dicho mundo de la vida, a lo que Gadamer sugiere:

El tema de la educación también sería ahora otro: el de la formación del *Sensus Communis*, que se nutre no de lo verdadero sino de lo verosímil. Lo que a nosotros nos interesa aquí es lo siguiente: *Sensus Communis* no significa en este caso evidentemente sólo cierta capacidad general sita en todos, los hombres, sino al mismo tiempo el sentido que funda la comunidad. Lo que orienta la voluntad humana no es, en opinión de Vico, la generalidad abstracta de la razón, sino la realidad concreta que representa la comunidad de un grupo, de un pueblo, de una nación o del género humano en su conjunto. La formación de tal sentido común sería, pues, de importancia decisiva para la vida (Gadamer H.-G. 1993, pág. 50)

Respecto a ello, en la escuela el lenguaje del niño se cultiva acompañado – en menor medida – del educador, que es sobre quien recae la responsabilidad de enseñar entorno a lo ya establecido y superpuesto a la educación, sobre la cual, en suma, se instaura el mundo de la cultura cuya objetividad histórica se ha forjado y solidificado necesariamente sobre la realidad individual del ser humano, consolidándose así el orden de la comunidad. Del mismo modo y de gran importancia, la escuela al ser un lugar en el que se forma el diálogo entre individuos, es el escenario que hace posible formar-se, teniendo en cuenta que allí se llevan a cabo innumerables intercambios de experiencias a través de dicho diálogo que convergen en la búsqueda y encuentro con la comprensión del mundo a partir de las múltiples posibilidades sobre las que se sostiene este. Así, en este espacio “desde el momento en que dos personas deben convivir tienen que poner en práctica la fantasía, imaginación, sensibilidad, simpatía, el tacto” en lo anterior se refleja el camino que se transita en función de la conversación por medio de la cual el sujeto se forma; por lo tanto, Gadamer indica: “me mantengo en que, si lo que uno quiere es educarse y formarse es de fuerzas humanas de lo que se trata...” (Gadamer. 2000 , pág. 48).

Llegados a este punto, se evidencia la forma como el concepto de formación en Gadamer ha sido retomado con el fin de enmarcar un proyecto cultural en el que deben converger los seres humanos que, al encontrarse en una vida que tiene como objeto la construcción de una comunidad sobre la cual se sostiene el horizonte de la misma, se encuentran y se deben enfrentar a la tarea de *Formar-se* para comprender el mundo, lo otro, y, posicionarse así como seres históricos que construyen y consolidan el ser de la cultura a la cual pertenecen. Es pues, ese, el

proyecto hermenéutico cuyo objetivo es representar el modo en que el hombre llega a la comprensión del sentido universal del mundo.

Por lo tanto, el hombre se funde con la formación entendida como un fin, en el momento en que a lo largo de su vida por medio de sus encuentros dialógicos con lo otro, ha aprendido no solo a hablar, sino también, a escuchar, es decir, aprende a dejar hablar y dejarse decir algo de un texto, una obra, otro ser humano y el mundo en su complejidad en donde se evidencia como “El don hermenéutico no es, de hecho, otra cosa que ser capaz de comprender incluso lo que nos parece extraño e incomprensible” (Gadamer H.-G, 1996, pág. 140). Por lo tanto, el sujeto formado es quien activa el *Oído hermenéutico* que le permite *Oír* cada palabra de la totalidad de lo otro en su singularidad, siendo ello una capacidad aplicada tanto en la lectura como en la conversación, es decir, en la vida con el otro.

Teniendo en cuenta lo anterior, el sujeto aprende a tejer el sentido de eso otro con lo que se relaciona en la vida a través del diálogo, que le permite estar-en profunda relación con tales fenómenos siguiendo ese *Hilo conductor* con el cual construye el camino que le permite llegar a la comprensión de lo otro logrando así formarse.

En consecuencia, la formación implica: hacer de lo otro – aquello de lo que se aprende – algo propio, interiorizarlo y volverlo parte del ser de la subjetividad, en donde aquello que se ha aprendido se conserva y perdura. Así, al formarse, el sujeto sale – se libera – de su ser individual y se encamina hacia su deber universal en tanto se vuelve a sí mismo parte del sostén de la cultura, puesto que, el pensar es solo pensar en tanto lleve a una experiencia en la vida del sujeto. Por lo que Gadamer define: “Formación práctica: Distanciamiento respecto a la inmediatez del deseo, de la necesidad personal y del interés privado, y atribución a una generalidad” (Gadamer H.-G, 1993, pág. 42).

La figura del experto entra a jugar un papel importante en el espacio de la formación, en tanto allí, Gadamer expresa una suerte de jerarquía del saber, en el momento en que habla del reconocimiento y por lo tanto, necesidad del saber del otro entendido como ese experto que orienta los fines y las necesidades del saber en la cultura. El experto, adquiere responsabilidad pública por cuanto asesora las decisiones que traen como consecuencia la validez de los

enunciados universales, es decir, los objetivos sobre los que se configura el saber y las relaciones del saber humano. Con su experticia, transmite la responsabilidad en tanto deber y el carácter objetual de este a los demás seres humanos, teniendo como argumento el hecho de que toda responsabilidad individual se hace comunitaria en tanto gira entorno al bien común. Ahora bien, allí la formación da pie a que dicha responsabilidad no solo esté ligada a la definición de un experto y se haga un mandamiento únicamente por ello, sino que también, se cultive en una conciencia individual que tenga como fundamento el reconocimiento de la vida como espacio compartido con el otro. De esta manera el experto se presenta como aquel que contribuye a la construcción de la cultura y, por lo tanto, los fines de la educación.

Teniendo en cuenta lo anterior, la educación se presenta como el espacio en el que se reconoce lo que el otro representa para la formación. Pues allí se evidencia como “A fin de cuentas, la humanidad de nuestra existencia depende de lo lejos que aprendamos a ver las fronteras de nuestro ser de las de los otros seres” (Gadamer, 1998, pág. 120), lo cual viene a reforzar la idea de como en la educación, en la escuela, se manifiestan las maneras de crear relaciones y todo tipo de vínculos humanos; puesto que, en la educación el sujeto se ve orientado a través de la convivencia en tanto enseñanza, al reconocimiento del *otro*. En ese orden de ideas, la educación le imprime ese sentido de familiaridad, es decir, de vínculo al sujeto respecto al mundo entorno a sus enunciados universales. Ésta orienta por medio del lenguaje, es decir, la lengua materna, al sujeto para que llegue correctamente a unirse a su comunidad; en donde, en su ser individual por medio de la conversación crea lazos y se forma con lo otro. Es en esa comunión con lo otro, en donde el sujeto se educa para escuchar y de esta manera llegar a formarse y comprender. Desde esta perspectiva, Gadamer sostiene: “Todos somos auditorio, debemos aprender a escuchar, en uno u otro camino, a luchar siempre contra el ensimismamiento y eliminar el egoísmo y el afán de imposición de todo impulso intelectual” (Gadamer H.-G, 1990, pág. 146).

De este modo, lo que Gadamer ve en la educación es la forma en que allí, si bien, es el sujeto desde su individualidad el que se forma, este hecho de formarse adquiere su validez en tanto permite llegar a comprender y, en consecuencia, ligarse de manera autónoma al ser universal de la cultura, en medio de una relación dialógica con el mundo en tanto tradición, y con

el otro entendido este como sujeto de participación con el que a través de la conversación se aprende.

Así, la educación y la escuela son para Gadamer un espacio también de cultura, ese lugar en el cual la vida de quien se forma adquiere validez en tanto comprende correctamente el mundo en el que se sitúa y se desenvuelve como persona. *Educarse* y *Formarse* a sí mismo, no es más que apropiarse de eso *otro* que representa el canon del conocimiento, su objetividad, es decir, formarse es aceptar eso otro para poder ser parte del mundo de la cultura, cumplir con las expectativas que desde allí recaen sobre sí, percibir al otro en tanto es una parte de ese mundo objetivo que se debe comprender en su totalidad. Por lo cual, la formación guía la interpretación hacia ese horizonte donde los hombres se liberan de su egoísmo individualista y de sus intuiciones infundadas, donde logran escuchar y fundirse con el ser universal del mundo.

Por ello el diálogo, la lengua materna y el oído que permite escuchar lo correcto, porque son estos conceptos que representan las capacidades con las cuales el hombre interioriza todo aquello que le rodea, eso que ha permitido la construcción de la historia y la fundación de los pueblos, de los estados y la cultura. Los cuales, en consecuencia, se han convertido en una responsabilidad para el hombre, que debe sea cual sea el lugar que ocupe en la comunidad, procurarse servirle a ese sentido universal del mundo que habita, es decir, de la cultura en que está inmerso.

Ahora bien, si se piensa la idea de formación desde la perspectiva de quien se forma el panorama se torna diferente. Lo anterior, teniendo en cuenta que quien se forma primeramente, quien se debe convertir en ese hombre serio, responsable y culto, a saber, el niño, no tiene clara y por lo tanto no concibe la idea de la formación en los términos expuestos hasta el momento. Siendo así, en el pensamiento de Nietzsche, se ha encontrado una posición distinta respecto al papel de la formación en la vida del niño. Este filósofo, ha pensado antes que el hecho de formarse, el hecho de vivir, es decir, el acto de la experiencia en la vida del niño en tanto estudiante, cuya finalidad no reside en la búsqueda de poder formarse adecuadamente sino en la posibilidad de experimentar de forma indeterminada y llena de múltiples emergencias el mundo, sus relaciones con sí mismo y con los demás. Así pues, en el pensamiento de Nietzsche reside una defensa por los modos de ser del niño que le son negados en ese proceso de formación, que

El concepto de *Formación*: una
idea de educación y escuela.

41

le impide ciertamente ser verdaderamente un niño. Por otro lado, allí se expone como el niño logra saltar esos límites que establece la formación, logrando mostrarse como tal, como un niño que aunque acepta la formación no niega sus auténticas capacidades.

Nietzsche y la discusión a propósito de la idea de *formación*.

Respecto al tema de la formación o *Bildung*, aparece el pensamiento de Nietzsche que en su texto titulado *Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas* trata el tema en cuestión desde un planteamiento muy diferente al descrito hasta el momento. Este pensador, pone en discusión la relación entre la formación, es decir, la educación y la cultura, forjada desde el romanticismo alemán con Hegel como principal artífice. En ese sentido, Nietzsche da una vuelta a lo que desde esta perspectiva *Romántica* se ha definido como escuela y como educación del sujeto. En esta discusión reside una crítica¹⁹ al modelo educativo presentado a través *Bildung* y sus objetivos respecto al estudiante; así pues, Nietzsche piensa y cuestiona el papel de la institución educativa y la idea clásica de formación sobre la vida del niño como estudiante.

En las afirmaciones realizadas por Nietzsche se halla una pregunta por la vida del sujeto inmerso en la institución educativa y respecto a aquello que la educación en tanto *Bildung* le hace al niño que se forma. De acuerdo con ello, este pensador evidencia como la educación *actual* va en contra de la forma en que vive un niño, un estudiante. Lo anterior, teniendo en cuenta que Nietzsche ve en el estudiante un sujeto que teniendo en cuenta su edad experimenta la vida en función de sí mismo, un sí mismo que no existe en función de un destino sino de un instante:

Pongámonos en la situación de un joven estudiante, o sea, en una situación que, en el movimiento impetuoso e incesante del presente, es sencillamente algo increíble: hay que haber vivido esa situación para poder creer semejante ilusión despreocupada, en semejante gozo arrancado al instante, y casi fuera del tiempo (Nietzsche F, 2000, pág. 2)

Sin embargo, la formación deja de lado la naturaleza con la cual el niño asume su experiencia en el mundo, es decir, desconoce la manera en que el joven que aprende vive y se relaciona con su entorno y con sus semejantes. La formación, tiene como fin último hacer que el niño se centre en alcanzar los objetivos, que a través de la educación la cultura le presenta como

¹⁹Es de aclarar, que el concepto de crítica en Nietzsche, no gira en función de una deslegitimación, o una pelea, o un debate; en ese sentido, lo que se presenta por crítica es la búsqueda y la posibilidad de crear. “Por este motivo la crítica no ha sido jamás concebida por Nietzsche como una *reacción*, sino como una *acción*. Nietzsche opone la actividad de la crítica a la venganza, al rencor o al resentimiento” entre tanto “La crítica no es una re-acción del resentimiento, sino la expresión activa de un modo de existencia activo: el ataque y no la venganza, la agresividad natural de una manera de ser, la maldad divina sin la que no se podría imaginar la perfección” (Deleuze, 2006, pág. 1).

realización de la vida, es decir, dicho niño – futuro hombre – se ha de disponer a ocupar el lugar que los enunciados de la cultura por medio de la educación le asigna; y así, la escuela cumple la función de silenciar toda intuición y naturalidad en el ser del estudiante. Ante dicha situación, Nietzsche entiende como el estudiante al recibir esta formación tiene la obligación de desentenderse de sí mismo, para concentrarse en el ideal de la vida que le impone la *Bildung*.

La escuela, entonces, es el lugar donde se forja en el niño el ideal de hombre que según la *Bildung*, este debe llegar a ser. Ese *Hombre culto* que tiene como deber ir en contra de su individualidad para devenir universal y de esta forma favorecer al progreso de la cultura de su pueblo. De esta manera, la *Bildung* desproporciona al estudiante de sus naturales capacidades imaginativas y auténticas manifiestas en la inocencia de su ser.

Ahora bien, siguiendo los ideales de la *Formación* establecidos en el romanticismo alemán, la escuela se erige como el espacio que forma a un sujeto cuyo deber es ser ese *Hombre Culto* que está capacitado para atender a las necesidades de la cultura ocupando el lugar que dicha cultura le asigna. Teniendo en cuenta lo anterior, Nietzsche ve el paradigma de la cultura como un fenómeno que se auto consolida por medio de la educación, aseverando como:

En el momento actual, nuestras escuelas están dominadas por dos corrientes aparentemente contrarias, pero de acción igualmente destructiva, y cuyos resultados confluyen, en definitiva: por un lado, la tendencia a ampliar y a difundir lo más posible la cultura, y, por otro lado, la tendencia a restringir y a debilitar la misma cultura. Por diversas razones, la cultura debe extenderse al círculo más amplio posible: eso es lo que exige la primera tendencia. En cambio, la segunda exige a la propia cultura que abandone sus pretensiones más altas, más nobles y más sublimes, y se ponga a servicio de otra vida cualquiera, por ejemplo, del Estado. (Nietzsche, 2000, pág. 10)

En consecuencia, la vida de aquel niño que acude a la escuela a formarse se ve subsumida por el mundo de la cultura que extiende sus brazos sobre la educación. Nietzsche, describe como una vez instaurada allí la cultura el estudiante sin percatarse de ello se encamina a ser un sujeto que al debilitar sus fuerzas creativas e individuales y, actuando como la cultura lo exige, consolida la constitución de esta. Por un lado, el estudiante se forma siguiendo un ideal de felicidad y progreso que le presenta una cultura consumista. Allí, el llegar a ser un *Hombre culto* significa asumir un sentido utilitario de la vida, donde, el conocimiento representa un valor ciertamente variable en la relación trabajo-ganancia cuya función es permitirle al hombre saciar

sus *necesidades*. “En este caso vemos que el objetivo de la cultura es la utilidad, o, más concretamente, la ganancia, un beneficio en dinero que sea el mayor posible.” (Nietzsche, 2000, pág. 10). Por otro lado, el estudiante recibe una formación que tiene como referente la erudición, donde el hombre de ciencia representa la idea de *Hombre culto*. En consecuencia, la cultura se presenta ciertamente reservada a unos pocos, por lo que el estudiante la entiende como algo prácticamente inalcanzable; por ello, desde esta perspectiva asume su condición de vida entorno a la búsqueda de la utilidad de su saber en tanto valor.

Teniendo en cuenta lo anterior, reside en este pensamiento del filósofo alemán, una inquietud respecto a la vida del niño, del estudiante orientado por los ideales de *Formación*. Esto, pues, la educación en términos de la *Bildung* tiene como fin único forjar el pensamiento del estudiante entorno a una idea hombre que se encuentre “a la altura de nuestro tiempo” indica Nietzsche haciendo referencia a Hegel. Por lo tanto la naturaleza, la espontaneidad, la creatividad y las fuerzas vitales e individuales del niño se ven desplazadas de su ser y remplazadas por lejanos y abstractos ideales de vida en búsqueda de la complacencia y altivez que representa llegar a la cúspide de la cultura actual reflejada en el hecho de ser ese hombre culto, que en sí es un artificio ajeno al inocente pensamiento del estudiante.

La educación, en función de dicha *cultura actual*: debe inculcar en el estudiante esa idea de progreso expuesta anteriormente. Debe producir ese llamado por Nietzsche *Hombre Corriente*²⁰, es decir, ese individuo entregado al valor económico de la vida, que reconozca en ello el espíritu de la felicidad humana, tanto en su vida individual como grupal. Allí, todo conocimiento adquiere valor en tanto es un facilitador para la producción de una ganancia económica, con la cual se suplen las necesidades inventadas para el hombre por parte de la cultura, las cuales, al saciarlas lo llevan al regocijo.

En la escuela, entonces, el estudiante es formado en términos de la relación conocimiento-ganancia, por medio de la cual, se encamina a ser ese *Hombre Corriente* medido en una escala de valor económico; de esta manera, se produce una estratificación sociocultural que es asumida de forma imperativa por el hombre formado para la realización de su vida. De

²⁰ Este *Hombre corriente*, es ese hombre común que, le da un sentido a su existencia en función de un valor en tanto vive con el fin de adquirir algo, siendo esto aquello que lo impulsa a trabajar y, de esta manera progresar hasta donde sus posibilidades se lo permitan.

manera que, el sujeto que se forma asume y afronta su lugar en la sociedad de producción y se acomoda allí – aunque sin saberlo – plácidamente. En esta dinámica, también, el hombre se encamina en la búsqueda de una profesión y/o una especialidad con la cual pueda acceder a un lucro apropiado; claro está, la educación recibida, le deja en claro el hecho de que esta es una búsqueda a la que no le es permitido acceder a todos por igual. A partir de allí, el hombre se sitúa sin discusión alguna en la posición que ha de ocupar en la sociedad de trabajo a la que se dirige, y, sin importar las circunstancias se hace un hombre feliz, así:

Y el fin de las escuelas modernas deberá ser precisamente éste: hacer progresar a cada individuo en la medida en que su naturaleza le permite llegar a ser “corriente”, desarrollar a todos los individuos de tal modo, que a partir de su cantidad de conocimiento y de saber obtengan la mayor cantidad posible de felicidad y de ganancia. Todo el mundo deberá estar en condiciones de valorarse con precisión a sí mismo, deberá saber cuánto puede pretender de la vida. La “alianza” entre inteligencia y posesión, apoyada en esas ideas, se presenta incluso como una exigencia moral (Nietzsche, 2000, págs. 10-11)

En estos términos, ¿Desde qué perspectivas es formado el estudiante, el niño? Nietzsche, entiende como en este moldeamiento del pensamiento del niño que desempeña la *Bildung*, se niega al estudiante toda posibilidad de un pensamiento auténtico e independiente, es decir, el hecho de querer forjar una subjetividad que incline todas sus intuiciones en favor de la cultura y no en favor de sí mismo, implica una negación y un aplastamiento del intelecto ingenuo e inquieto de aquel niño que acude al aula de clases a *aprender* por eso Nietzsche resalta cómo al joven estudiante en la escuela: “Se exige originalidad y después se rechaza la única originalidad posible a esa edad: en el instituto se presupone una cultura formal, que en la actualidad consiguen alcanzar solo poquísimos hombres en una edad madura” (Nietzsche, 2000, pág. 18).

En ese orden de ideas, Nietzsche encuentra como resultado de la idea de formación un modelo de educación en donde el estudiante es valorado casi que únicamente a partir de sus capacidades memorísticas con las cuales se le tilda de bueno o malo y, en consecuencia, el aula de clases junto con la labor pedagógica es dividida en dos. Allí, el profesor como artífice de dicha división produce un modelo de enseñanza diferente para cada uno de los dos grupos en el aula, generando un distanciamiento entre ellos. Se siembra en los más adelantados una tendencia hacia una actitud individualista, mientras que los restantes son víctimas de una suerte de marginación en su proceso de aprendizaje. Finalmente, las capacidades cognitivas de los más avanzados, se

ven sobrecargadas con una cantidad exagerada de información en búsqueda de llenar sus prominentes memorias; mientras, los menos habilidosos se ven acosados permanentemente a manos del profesor cuya despreocupada pretensión es que los estudiantes logren lo más pronto posible sumergirse en el mundo de la cultura. Y, en suma, la labor del profesor se resume en una suerte de adoctrinamiento del pensamiento del estudiante entorno a lo que este – cómplice fiable de la cultura – entiende por saber; en ese sentido:

¿Sobre qué llama la atención de sus alumnos? Sobre todos los excesos de la forma y del pensamiento, es decir, sobre todo lo que es individual y característico de esa edad. El profesor critica el aspecto verdaderamente autónomo (que, si se estimula prematuramente, solo puede manifestarse precisamente en torpezas, en asperezas y en rasgos grotescos), o sea, precisamente el aspecto individual, y lo rechaza a favor de una actitud altiva, mediocre y carente de originalidad. (Nietzsche, 2000, pág. 18)

En ese sentido, el profesor suprime toda capacidad propia de los estudiantes sin importar sus habilidades. Con lo anterior, los estudiantes abandonan la posibilidad de un pensar creativo y se ven arrojados a la idea de seguir lo *correcto*: una cultura que incluso ni siquiera conocen del todo. Pues, el estudiante en una edad en la que vive del instante, y carece de interés por el sentido de la cultura no llega en ningún momento a *interpretar* o *conocer* esta, lo único que alcanzará es una reproducción de la misma en términos *periodísticos*²¹.

En consecuencia, Nietzsche evidencia en la idea de *formación*, una tendencia en orientar al sujeto hacia una mera formación laboral que en alianza con el estado ha de ser hecha con propiedad y entendida como un deber para contribuir con el sostenimiento del pueblo. Allí, los espacios sociales en los que el pueblo logra un breve acercamiento a la cultura: la religión, los ritos y mitos, las tradiciones cotidianas, los derechos y la lengua, son enseñados en el marco de un conocimiento superficial y en cierta forma sesgada. En consecuencia, esta formación logra contener toda fuerza posibilitadora de un pensamiento autónomo y, como resultado, los hombres

²¹ Cuando Nietzsche hace esta alusión a los términos periodísticos, se refiere a la forma en que en la época *actual*, el periodismo se ha inmiscuido en medio de la ciencia como benefactor del estado, impartiendo a través de su terminología una idea de realidad y de objetividad cultural de tal manera que se desestima ciertamente el valor de la opinión científica y se objetiva la insuficiente labor informativa del periodista; siendo así, el periodismo interpretado como una figura de verdad, aun cuando no lo es. “Ahora hemos llegado ya hasta el extremo de que en todas las cuestiones generales de naturaleza seria – y, sobre todo, en los máximos problemas filosóficos – el hombre de ciencia, como tal, ya no puede tomar la palabra. En cambio, ese viscoso tejido conjuntivo que se ha introducido hoy entre las ciencias, es decir, el periodismo, cree que ese objetivo es su competencia, y lo cumple con arreglo a su naturaleza, o sea – como su nombre lo indica tratándolo como un trabajo jornal. (Nietzsche, 2000, pág. 12)

logran reproducir y consolidar la cultura a través de ideas vagas respecto al sentido de una identidad frente a un estado que en gran medida desconocen.

Entonces, se considera cómo la escuela es un lugar de saturación *intelectual* fallida, teniendo en cuenta que allí los estudiantes reciben un saber a pinceladas, donde sumado a ello experimentan sin saberlo una represión de su inocente y desinteresado ser. Dichos saberes, en el conocimiento de ellos no representan mucho, pues como llegan se van. De esta manera, se observan en los estudiantes maletas llenas de libros gruesos y cuadernos casi a terminar, cuando no ya terminados; en estos, reposan silenciosamente todas esas horas de clase con las que se cree aprenden algo. Pero lo único que aprenden allí, es eso: rellenar sus cuadernos y sus memorias, resolver sus textos escolares, ser máquinas fallidas de erudición pues sus mentes se mueven por las ansias de vivir, de poder ser niño; ellos, son lo que su naturaleza les pide a gritos: ellos mismos, una única vida que debe ser vivida. Pero esta vida, según Nietzsche, es reprimida en gran medida por la *formación* que implanta sobre la mente de los estudiantes una idea de deber ser, por tal motivo el niño pierde toda voluntad de ser o de saber, esa voluntad que solo reside en sí mismo. Así, la escuela *hincha* la mente del estudiante, que luego llega a ser ese *hombre corriente* en una cultura carente de nobleza, en consecuencia, este filósofo afirma:

Me parece que los profesores actuales tratan a sus estudiantes con un método tan genérico y tan histórico (...) Así, pues, los institutos pueden ser ahora lugares en que se siembre la erudición, pero no esa erudición que es únicamente el efecto colateral – natural e involuntario – de una cultura encaminada a los fines más nobles, sino esa erudición que se podría comparar con la hinchazón hipertrófica de un cuerpo no sano (Nietzsche, 2000, págs. 31-32)

Ahora bien, en cuanto a la idea de la libertad del estudiante en función de lo que representa la *Formación*, ésta es una libertad a medias cuando no falsa. La libertad, representa como ya lo han expuesto Hegel y Gadamer: la libertad del hombre “correctamente formado” para adherirse voluntariamente al mundo de la cultura *actual*, es decir, la del estado. Nietzsche encuentra como esta idea de formación atenta contra los instintivos y auténticos pensamientos del niño, y halla cómo una auténtica formación con nobles ideales es aquella que mantiene viva la capacidad de asombro que le permite a quien se forma pensar y vivir de manera verdaderamente autónoma. Por el contrario, Nietzsche expone como una auténtica formación consiste en reconocer el valor de la vida del sujeto, pues:

El hombre se ve asediado por los problemas más serios y más difíciles, que, si se le guía correctamente hasta ellos, caerá pronto en ese asombro filosófico duradero que es lo único que, como una base fecunda, puede fundamentarse y acrecentarse una cultura más profunda y más noble. Sus propias experiencias lo conducen con la mayor frecuencia a esos problemas, y sobre todo en el tumultuoso periodo de la juventud casi todos los acontecimientos personales se reflejan con doble luz, como ejemplificaciones de una realidad cotidiana y, al mismo tiempo, como ejemplines de un problema eterno, sorprendente y digno de explicación. (Nietzsche, 2000, pág. 52)

Sin embargo, sobre la escuela recae la indeleble mirada del estado y su idea de cultura que a través de la *formación* busca consolidar, buscando reprimir todo saber y asombro incipiente del estudiante, con lo cual restringe su imaginación y la posibilidad de pensarse y crear su vida con la voluntad de un hombre libre:

Por eso todos los partidarios de la “época actual” (...) se esfuerzan activamente por reprimir y paralizar ese estado natural, por desviarlo o sofocarlo; y el medio preferido consiste en paralizar mediante la llamada “cultura histórica” ese impulso filosófico conforme con la naturaleza. (Nietzsche, 2000, pág. 52)

Lo anterior, hace evidente la crítica de Nietzsche al principio dialéctico de la negación a través del cual la cultura se despliega y se apodera de todo aquello que representa una diferencia y atenta con las tradiciones de un pueblo haciéndolo sistemáticamente suyo, principio del cual está impregnada la *cultura histórica* y el ideal de la *formación culta*.

La *Bildung*, representa en los términos expuestos por Nietzsche la negación y muerte del ser²² del niño, quien es llevado a la escuela para que se moldeen sus fuerzas vitales y se acerque correctamente al mundo de la vida, en donde la imaginación y la creatividad con la que se puede asumir la existencia es negada en tanto su pensamiento debe ser orientando entorno a lo que el mundo, es decir, el estado y la cultura han establecido como los correctos modos de pensar y de actuar. Se encuentra allí, además, una negación de la experiencia del niño en el mundo, pues esta no se considera válida a la hora de integrar a ese hombre *correctamente formado* que la *Bildung* se propone como fin último. Sin embargo, es indispensable entender que en la experiencia está la realización de la vida del hombre, que es quien siente desde la individualidad de su cuerpo y su

²²El concepto de ser, es trabajado aquí bajo los términos expuestos por Félix Guattari, donde tal concepto es una producción; una producción no en tanto ser trascendental, sino, el ser que adviene de la enunciación: “El ser no es un don de Dios. El ser se produce por el enunciador hoy colectivo que es esa mezcla de máquinas individuales, de máquinas científicas, de máquinas tecnológicas, de máquinas científicas. Es toda esa especie de rizoma maquínico que produce el ser. (Guattari, 2016)

mente; la experiencia, posibilita el querer vivir, en términos de la probabilidad de todo aquello que puede llegar a acontecer.

La experiencia, es aquello que le permite al estudiante sentirse sí mismo, ser un impulso, una pasión, una voluntad, una alegría, un dolor, una vida verdaderamente vivida: “La experiencia sería el modo de habitar el mundo de un ser que existe, de un ser que no tiene otro ser, otra esencia, que su propia existencia: Corporal, finita, encarnada, en el tiempo y espacio con otros” (Larrosa, 2006, pág. 5) En consecuencia, se puede asumir como imposible el hecho de objetivar la experiencia y el pensamiento del niño de tal modo como la *Formación* pretende hacerlo; entre tanto, no hay en la *Bildung* la posibilidad de fundamentar una subjetividad, contrario a ello, esta negación por la experiencia del niño deforma su subjetividad, la entorpece, pues desvía los vínculos naturales del niño con el mundo entorno a un fin específico, el sentido de utilidad de la vida del hombre.

Por eso, el sujeto de la formación no es el sujeto de la educación o del aprendizaje sino el sujeto de la experiencia: es la experiencia la que forma, la que nos hace como somos, la que transforma lo que somos y lo convierte en otra cosa (Larrosa, 2006, pág. 7).

Para el estudiante, es casi imposible salir de esta dinámica que la cultura le impone a través de la educación, y, cuando él piensa respecto su vida y las posibilidades de ser de esta, se encuentra situado frente a diversos caminos que le permiten posiblemente llegar a ser, aun así todos estos caminos convergen en uno solo: el camino que lo conduce al mundo de la cultura, donde el hombre solo se piensa como un sujeto trabajador que vive en función del consumo de necesidades. Sin embargo, encontramos como Nietzsche dota al niño de una capacidad con la cual logra desplazarse voluntariamente dentro del sistema educativo que lo contiene y de esta manera logra aun estando inmerso allí, resistir a la negación de su vida y su experiencia.

La propuesta de Nietzsche obedece a la idea de presentar una forma de defender la vida de aquel niño estudiante cuyo inocente devenir – ese devenir en el cual se hace niño, es decir, una risa suelta, un llanto despojado, una pregunta espontánea, un silencio curioso, un acercamiento y una huida, un asombro, una diferencia en el mundo normalizado – se ve desdibujado a manos de la *formación* que pretende sujetar su ser a su tiempo, a su estado y a esa idea de orden natural inventada por la cultura.

Si queréis guiar a un joven por el camino recto de la cultura, guardaos de turbar su actitud ingenua, llena de fe en la naturaleza: se trata casi de una relación personal inmediata. Deberán hablarle, en sus diferentes lenguas, el bosque y la roca, la tempestad, el buitre, la flor aislada, la mariposa, el prado, los precipicios de los montes; en cierto modo deberá reconocerse en todo eso, en esas imágenes y en esos reflejos, dispersos e innumerables, en ese tumulto variopinto de apariencias mutables: sentirá entonces inconscientemente, a través del gran símbolo de la naturaleza, la unidad metafísica de todas las cosas, y al mismo tiempo se calmará, inspirado por la eterna permanencia y necesidad de la naturaleza. (Nietzsche, 2000, pág. 37)

Ese estudiante que se busca defender es como aquel niño que juega junto al mar. El niño, como esa persona que desde su inocente ser vive la vida en tanto instante, despreocupado por un futuro distante; así, se manifiesta en él una afirmación por la vida ya que la experimenta desde la individualidad y la unidad, puesto que vive en y con la naturaleza del ser humano y del mundo que le rodea. Por consiguiente, se debe valorar la vida del niño, no en los términos abstractos que la *Formación* impone sobre este, sino, teniendo presente el hecho de que quien llega a la escuela es un inocente niño que solo quiere jugar.

De acuerdo con lo que se ha presentado a lo largo de este trabajo, se han construido una suerte de consideraciones, a través de las cuales se quieren enunciar y reconocer las capacidades del niño en tanto sujeto que se forma, su habilidad de ser sí mismo, es decir, describir esa fuerza natural con la cual el niño no deja de ser niño a pesar de la presión que sobre él se ejerza. Entender como ante una enajenación de su voluntad, de sus modos de actuar, de su manera de pensar y de comunicarse con el mundo, el niño de forma inocente logra traer a la presencia sin agresión alguna la forma más incipiente de su ser, la actitud más auténtica del ser humano.

No se pretende deslegitimar el papel de la formación, sin embargo, contrario a esa idea de devenir universal del pensamiento, se plantea la idea del pensar en función de sí mismo, es decir, de qué manera aun con un límite que establece lo que se debe hacer y que puesto en funcionamiento en la escuela determina el pensamiento de la persona, es posible la invención de sí, aquel momento en el que el niño a través de la experiencia se da la oportunidad de comportarse de distintas maneras asumiendo su vida en tanto niño, y no, en función de la adultez.

Por lo tanto, se quiere decir como el pensamiento de Nietzsche de cara a lo planteado por la idea clásica de la formación de Hegel y Gadamer, ha permitido pensar la escuela como un lugar en donde se construyen subjetividades y no solo como ese espacio en donde las auténticas capacidades del niño se transforman en habilidades predeterminadas que le dan el aval de ser un hombre apropiado y acorde con la cultura de su época.

Consideraciones finales.

El niño y la invención sí mismo.

*... Detrás del tedio y los grandes pesares
Que abruman con su peso la existencia brumosa,
Dichoso aquel que puede con ala vigorosa
Arrojarse hacia los campos luminosos y serenos;
¡Aquel cuyos pensamientos, cual alondras,
Hacia los cielos matutinos tienden un libre vuelo!
¡Que se cierna sobre la vida, y alcance sin esfuerzo
El lenguaje de las flores y de las cosas mudas!*

Charles Baudelaire. Elevación, las flores del mal.

La escuela como espacio para la formación, se presenta como ese lugar en el cual el niño que acude a formarse encuentra cómo sus intuiciones e inclinaciones naturales entran en tensión constantemente con aquellos lineamientos sobre los cuales se sostiene su formación en dicho escenario. La escuela, es pues, el lugar que consolida a través de la formación la idea de hombre que se forja una época, ideal hacia el cual se debe dirigir al niño. Por ello, se evidencia dicha tensión entre los modos de ser del estudiante y las normas que la formación le presenta como un camino que este debe seguir para llegar a ser un *Hombre correcto*, aun cuando en dicho proceso el niño tenga que llegar a una negación de sí mismo y en cierta medida a un olvido de su infantil e inocente naturaleza.

Teniendo en cuenta lo descrito respecto a la formación y al evidenciar como esta al presentarse como fin último, que debe ser alcanzado por el hombre y como aparato que permite la consolidación de la cultura y la adhesión del niño que se forma en la escuela a ésta, se evidencia de qué manera la escuela se convierte en un lugar que le da vida y sentido de objetividad a los ideales de dicha formación y de la cultura de una época. Tomando las palabras de Nietzsche, quien dice: “El sentido de toda cultura consiste cabalmente en sacar del animal rapaz <<hombre>>, mediante la crianza, un animal *manso* y civilizado, un animal doméstico...” (Nietzsche, 2006, pág. 56), aparece de qué manera se puede hacer un acercamiento y análisis al papel que cumple la formación en la vida del niño. El papel de formación, consiste en convertir al niño en ese *Hombre Civilizado* que se erige ciertamente como un estándar ideal que se debe seguir para una correcta inserción en la sociedad.

La formación, presenta un modelo de hombre a seguir, con lo cual surge también un modelo específico de educación. El modelo de hombre de la cultura es el “hombre manso, el incurablemente mediocre y desagradable” que además ha “aprendido a sentirse a sí mismo como la meta y la cumbre, como el sentido de la historia, como <<Hombre superior>>” (Nietzsche, 2006, pág. 57) es, en consecuencia, aquel *hombre corriente* que ya se ha mencionado, para quien el sentido y fin último de la existencia es llegar a ser hombre del consumo, hombre del trabajo, hombre del silencio, hombre de la falsa *risa*, hombre de falsos placeres, siendo estas ideas aquello que representa lo que debe ser la vida; y, por lo tanto, quien no sea identificado bajo estos términos será, pues, un hombre incompleto, inferior, carente de *perspectivas correctas*.

La escuela, entonces, se presenta como el lugar que brinda la formación inicial al niño y su función consiste en hacer que el niño se convierta en ese hombre ya predefinido por la cultura, ese hombre moldeable y acomodable a las necesidades de la cultura, por ende:

Aquella tarea de criar a un animal que le es lícito hacer promesas incluye en sí como condición y preparación, según lo hemos comprendido ya, la tarea más concreta de *hacer* antes al hombre, hasta cierto grado, necesario, uniforme, ajustado a la regla, y, en consecuencia, calculable. (Nietzsche, 2006, pág. 77)

En ese sentido, se observa la manera en que la formación violenta la vida, la mente y el cuerpo del niño negándosele la posibilidad de vivir su infancia como tal. Debido a ello, al estudiante se le forma entorno a lo que “Está bien”, refiriéndose a eso socialmente aprobado y

establecido en la cultura como norma, como algo *correcto*. Por lo tanto, el niño debe apearse a ello y hacer una adecuada distinción entre aquello que la cultura define como bueno o malo para su vida en sociedad, para así, asentarse de forma placida en el mundo de la vida en comunidad siguiendo el orden correcto de las cosas. A causa de ello, se hace inmanente el castigo en la formación, pues: “Para que algo permanezca en la memoria se le graba a fuego, solo lo que no cesa de doler permanece en la memoria” (Nietzsche, 2006, pág. 79) – aquí no se hace referencia a un castigo físico, o a un maltrato anacrónico. Este castigo se imparte a través de contrastes y ejemplificaciones que le demuestran al estudiante las consecuencias que trae para la vida en sociedad actuar *Bien* o alejarse de los límites de lo *Correcto* – aquí el fin último es forzar la memoria del estudiante entorno a la idea de *Estar Bien*: “Con la ayuda de tales imágenes y procedimientos se acaba por retener en la memoria cinco o seis <<No quiero>>, respecto a los cuales uno ha dado su promesa con el fin de vivir en las ventajas de la sociedad” (Nietzsche, 2006, pág. 81)

Teniendo en cuenta lo anterior, el profesor se presenta, entonces, como aquel a quien le es lícito imponer modelos y penas al niño bajo el imperativo de un deber para con este y con la sociedad; pues bien, lo que busca la escuela a través de ello es el *Mejoramiento*²³ de aquella persona *imperfecta*, para la vida en sociedad. En ese orden de ideas, el concepto de *pena* es entendido como aquella herramienta que posibilita la sujeción del niño en los ideales culturales de una época con los que se retiene su vida en medio de los límites establecidos por la formación, la pena es, pues, ese acto que garantiza la aprehensión de los valores de la cultura por parte del niño, tomando estos como fundamento para una armoniosa existencia dentro de la sociedad; entre tanto, la pena se justifica en la formación de la siguiente manera:

Pena como neutralización de la peligrosidad, como impedimento de un daño ulterior. Pena como pago al damnificado de alguna forma, (también en la forma de una compensación afectiva). Pena como aislamiento de una perturbación del equilibrio, para prevenir la propagación de la perturbación. Pena como inspiración de temor respecto a quienes determinan y ejecutan la pena. (Nietzsche, 2006, pág. 103)

²³ En estos términos, Nietzsche se refiere a lo que se considera *Mejorado*, como “lo mismo que <<domesticado>>, <<debilitado>>, <<postrado>>, <<refinado>>, reblandecido>>, <<castrado>>, (es decir lo mismo que dañado)” (Nietzsche F. W. , 2006)

Por lo tanto, el niño no tiene derecho a olvidar lo que él *Debe Ser*, aquello que *Está Bien* aun cuando él no lo conciba así. Y cuando lo olvida, cuando se deja llevar por sus principios naturales, por sus deseos, le es impuesta la *pena*. Como resultado de ello, el niño siente *culpa*, viendo su actuar natural como un error, es más, sin siquiera desearlo se ve y se siente como aquel culpable que debe ser castigado. Dicho dolor, que produce ciertamente la pena, y el temor que surge al sentirse culpable son los sentimientos que permiten que el niño se aleje de lo diferente, de lo contradictorio, de todo aquello que vaya en un camino distinto respecto a lo considerado normal, lo establecido por la cultura; pues, de ser así, de alejarse del ser de la normalidad permanecerá al borde del castigo, con miseria, desempleo, ignorancia, un rechazo general por parte de la cultura formal establecida.

Ahora bien, si se tienen en cuenta las palabras de Nietzsche cuando indica la forma en que “los auténticos problemas de la moral: No emergen más que cuando se realiza una comparación de muchas morales.” (Nietzsche, 2009, pág. 114), se presenta una clara muestra de cómo se construyen los modelos bajo los cuales se rige no solo la moral, sino también la cultura, la sociedad y por ende la educación cuya finalidad es, a partir de estos modelos objetivar la forma en que debe ser vivida la vida por parte del niño que se forma para su futura vida en sociedad. Razón por la cual, llega a implantarse en la educación un único fin, formar estudiantes de manera objetiva de cara al modelo sociocultural establecido.

Luego, al situarse dentro de los límites de la formación, es decir, siguiendo los ideales establecidos por esta más allá de toda individualidad del niño, la escuela llega a pensar el ser de lo bueno en términos de la utilidad dentro de la cultura. Teniendo en cuenta que, aquel que hace su vida de acuerdo con lo anterior es un *Hombre* corriente, en la formación del niño se llega a desconocer su querer más íntimo y se busca remplazar este por ideales ajenos a él en los que se le promete la felicidad, sin embargo:

Todas esas morales que se dirigen a la persona individual para procurarle su <<felicidad>>, según se dice, que otra cosa son, más que propuestas de comportamiento en relación con el grado de peligrosidad en el que la persona individual vive a causa de sí misma; recetas contra sus pasiones, sus inclinaciones buenas y malas, dado que estas tienen voluntad de poder (Nietzsche, 2009, pág. 126) [sic]

En consecuencia, en la escuela el profesor llega a convertirse en ese sujeto disciplinado, que como herramienta de la cultura, es utilizado para la propagación de una idea de obediencia, es decir, de lo correcto que se debe hacer respecto a los enunciados de la cultura, que no solo a través de la escuela sino también con todos los medios de que dispone, impone la necesidad de obedecer. De esta manera, el profesor busca ligar al estudiante a ese *tú debes* que en el fondo él ya ha asumido.

... teniendo en cuenta lo anterior, por tanto, que la obediencia ha sido hasta ahora la cosa mejor y más prolongadamente ensayada y cultivada entre los hombres, es lícito presuponer en justicia que, hablando en general, cada uno lleva ahora innata en sí la necesidad de obedecer, cual una especie de conciencia formal que ordena: *se trate de lo que se trate, debes hacerlo incondicionalmente, o abstenerte de ello incondicionalmente, en pocas palabras <<tú debes>>* (Nietzsche, 2009, pág. 128)

Del mismo modo, se forma al niño para la conservación tanto de sí mismo, como también, de la especie en tanto pueblo, nación, estado. Se constituye su formación hacia ese modelo de hombre consagrado a la familia, al trabajo, al consumo. Bajo estos ideales, se contienen las fuerzas naturales del niño, negándosele la libertad de acción y de proceder de manera autónoma. La voluntad del niño se ve encapsulada bajo la presión de la representación de estos *valores* que se le muestran como la realización de una vida objetiva, es decir, el fin de la formación en su sentido de utilidad, imprime en el niño la necesidad de ser un hombre que le corresponde a la cultura; pero, como indica Nietzsche:

El hombre objetivo es un instrumento, un instrumento de medida y una obra maestra de espejo, preciso, fácil de romper y de empañar; pero no es una meta, un resultado y elevación, un hombre complementario en el cual se justifique la *restante* existencia, no es una conclusión –y menos aún es un comienzo, una procreación y causa primera, no es algo rudo, poderoso, plantado en sí mismo, que quiere ser señor: antes bien, es solo un delicado, hinchado, fino, móvil recipiente formal, que tiene que aguardar a un contenido y a una sustancia cualesquiera para <<configurarse>> a sí mismo de acuerdo con ellos, de ordinario es un hombre sin contenido ni sustancia, un hombre <<sin sí mismo>>. (Nietzsche, 2009, pág. 147)

Así, el aula de clases se presenta como un lugar donde el niño deja de ser sí mismo²⁴, es decir, pasa de ser ese pequeño que pregunta, que se ríe, que inventa y reinventa la palabra

²⁴ Allí, el niño se mueve en torno a una idea de representación, la cual, en la formación es el pensarse la vida por fuera de la vida y hacerla inalcanzable por medio de la moral.

dándole un significado particular al mundo que le rodea, que crea relaciones alternas con el otro y que juega con seriedad, dejando de lado esa atemporalidad con la que observa el mundo y que le permite vivir plenamente el presente. En consecuencia, empieza a ser otro: alguien que encuentra en el silencio, la quietud y la obediencia, en otras palabras, en la seriedad del adulto la mejor forma de acomodarse y ser aquello que la escuela le exige como futuro hombre. ¡Pero un profesor debe hacer que el niño no se pierda a sí mismo, debe procurar mantener vivo en él su actitud y pensamiento de la niñez!

Lo presentado hasta el momento, da a entender de qué manera en la formación se tiene sobre el niño una certeza, y, en consecuencia, se ignoran todas sus posibilidades, aquellas con las cuales él se hace niño, dejando de lado su sentir y su pensar. Se define la forma en que el niño debe conocer el mundo y relacionarse con este²⁵. Así, pues, al predeterminar lo que es y debe ser la vida del niño, este en tanto estudiante es visto como alguien que se encuentra en el error y debe ser rescatado de este mal. Ese error, que como ya se ha resaltado es, pues, su más noble naturaleza infantil desproporcionada de prejuicios.

Con respecto a ello, la escuela considera que ese pensar y actuar libre y carente de prejuicios por el cual se caracteriza un niño, es un mal para este, y no solo para él, sino también, para la integridad de la comunidad donde se encuentra. Siendo esta la razón por la cual se busca eliminar todo ser incipiente del niño. Pero el niño no es simplemente ese sujeto dispuesto a callar y mantener la quietud mientras es aplastada su nascente personalidad a manos de la formación, que, en esa búsqueda de ligar al estudiante al estado y la cultura corrige y orienta su noción de individualidad, es decir, la forma en que se concibe a sí mismo, hacia un razonar más general que debe corresponder con los fines universales que allí se han establecido. Aun así, el niño siempre encuentra la forma de ser niño y de alcanzar su independencia haciendo de diversas maneras pequeñas fisuras al sistema de la formación. Nietzsche indica como el hombre, el niño, el ser humano en tanto seres naturales que somos logramos advenir a toda supresión de nuestro ser. Puesto que las formas de ser y de actuar del niño, se mantienen con firmeza en su espontaneidad ante los factores externos que desean moldearlas y definir las, exponiéndose siempre con toda naturaleza y prevaleciendo a las imposiciones socioculturales, Nietzsche dice:

²⁵ De esta manera, se presenta una tensión entre las fuerzas de representación inocente del niño y la representación de lo moral y lo universal que se define y asume en la formación.

En el fondo nos sobreponemos a todo lo demás, puesto que hemos nacido para una existencia subterránea y combativa; una y otra vez salimos a la luz, una y otra vez experimentamos la hora aurea del triunfo – y en ese momento aparecemos tal como nacimos, inquebrantables, tensos, dispuestos a conquistar algo nuevo, algo más difícil, algo más lejano todavía, como un ser a quien las privaciones lo único que hacen es ponerlo más tirante. (Nietzsche, 2006, pág. 58)

Pero al niño no le es necesario entrar en una confrontación, antes bien, este es el momento en que su voluntad de ser niño le permite recibir tranquilamente lo que la formación le da y, al mismo tiempo, ser sí mismo y no negar sus impulsos naturales con los que experimenta en tanto niño. De tal manera, se presenta cómo en la condición en que el niño hace algo, se inventa a sí mismo y se reinventa desde la experiencia de ese hacer constante, siempre con un nuevo sentido, pero sin ningún fin específico. Ese naciente hacer del niño, adquiere valor por cuanto es experiencia; es, esa experiencia libre bajo la cual desarrolla sus capacidades de relación con el mundo que le rodea, es un hacer que no tiene como fin último algo más allá del sentir, de experimentar. Pero la escuela y la formación se empeñan en darle a este hacer un juicio valorativo, en donde dicho actuar o hacer en tanto invención se edifica en torno a una forma de lo *correcto*, todo ello con el fin de sujetar al niño a esa idea de lo bueno y del bien con la cual se ha de convertir en un hombre *adecuado*.

Sin embargo, el niño no tiene en mente a la hora de actuar un *juicio Correcto*, ese juicio con el cual se le priva de hablar, de reír, de preguntar, de hacer y de inventar; antes bien, un *Juicio Falso*, es lo que caracteriza la voluntad del niño – y es que es falso en tanto la cultura, por ello la escuela y, por lo tanto el profesor, lo consideran malo, inútil – esa voluntad que se inclina por la no-verdad siendo ello el sustrato para que el niño se pueda re-inventar, en especial si se tienen en cuenta las palabras de Nietzsche:

... y nosotros estamos inclinados por principio a afirmar que los juicios más falsos (de ellos forman parte los juicios sintéticos a priori), son los más imprescindibles para nosotros, que el hombre no podría vivir si no admitiese las ficciones lógicas, si no admitiese la realidad con la medida de un mundo puramente inventado de lo incondicionado, idéntico-a-sí-mismo, si no falsease el mundo permanentemente mediante el número, - que renunciar a los juicios falsos sería renunciar a la vida (Nietzsche, 2009, pág. 24)

Entonces, con esos juicios falsos el niño logra hacerse a una forma libre de ser en el mundo, actúa libremente y por eso se le llama niño, porque es un pequeño que carece de

prejuicios y de certeza respecto al mundo, porque es un inventor de la vida, de la mente y de la moral. El niño, no se posa sobre algo *Seguro*, antes bien, prefiere moverse llevando consigo “<<*Toda una carreta de hermosas posibilidades*>>” (Nietzsche, 2009, pág. 29)

Ahora aparece una potencia en el niño, y es que si bien su independencia – fisiológicamente hablando – es ciertamente limitada, siendo esta condición tomada a su favor por parte de la formación y la cultura; éste – el niño – sin embargo, se hace independiente y muestra dicha independencia en sus modos de ser consigo, con el otro y en general con la naturaleza del mundo, siendo esa la fuerza que le caracteriza su pensar independiente. Nietzsche define:

Es cosa de muy pocos ser independiente: - este es un privilegio de los fuertes. Y quien intenta serlo sin tener necesidad, aunque tenga todo el derecho a ello, demuestra que, probablemente, no es solo fuerte, sino temerario hasta el exceso. Se introduce en un laberinto, multiplica por mil los peligros que ya la vida trae consigo de por sí... (Nietzsche, 2009, pág. 54)

En este orden de ideas, se observa que la escuela se instituye con respecto a la formación, como ese lugar que establece un límite entre el niño y las relaciones que él sostiene con el mundo e incluso con sí mismo. Sin embargo, el niño encuentra las maneras de ser niño, de ser inocente; con ello, no limita su actuar a la orden, sino que, somete ésta a su voluntad invirtiéndola y transformándola, relacionándose y representado así el mundo y su vida de una manera nueva y distinta a como le es ordenado. Si bien, “Es preciso obedecer, saber que es necesario obedecer, que es justo obedecer, que es éticamente obligatorio obedecer, pero es una obediencia aceptada dentro de los límites de la razón y no por negación de la misma” (Páez, 2012, pág. 178) es decir, el niño obedece en tanto ello no implique una negación y una supresión de sus impulsos vitales, por lo que frente toda instrucción que sea una limitante para él, la obedezca o no siempre antepone su voluntad de querer y de ser, teniendo en cuenta que ello representa una condición de su existencia.

El niño representa una actitud, una forma de ser en la vida, una forma de moverse dentro de esa estructura llamada escuela, la cual, después del hogar se le presenta como un lugar de vínculo sociocultural con el mundo más allá de la familia. Con esa actitud, con esos inocentes y auténticos modos de ser en la vida, el niño logra mantenerse en pie en la escuela y encontrar una *Salida* que le permite ser sí mismo, inventarse a sí mismo dentro de todas las limitantes que a su

ser se imponen allí. El niño es quien encarna esa llamada *actitud de la modernidad* descrita por Esaú Páez donde: “El hombre moderno, escribe Foucault citando a Baudelaire, no es aquel que se lanza al descubrimiento de sí mismo, de sus secretos y de su verdad escondida; es aquel que intenta *inventarse a sí mismo*” (Páez, 2012, págs. 180-181) el niño, entonces, es aquel que *Salta* los límites impuestos a su ser por la *formación*.

Cuando Esaú Páez describe en su texto a través de Foucault las cuatro formas de ser en la modernidad encarnadas por Baudelaire, se puede encontrar como estas son reflejo de la *actitud, la forma de ser y de vivir* del niño: ante cualquier influencia, el niño siempre hace válido y hace prevalecer su gusto y su querer saber y experimentar, esa inocente intención de llegar a conocer más, que lo lleva a moverse junto con el tiempo en un flujo de experiencias carente de inercia, y, que le permiten contemplar un completo y *auténtico presente*; así, el niño hace del presente a través de la experiencia, un *acto heroico* del cual se apropia y el cual vive como instante sin más; ahora bien, así como con el tiempo y la experiencia con lo diferente, el niño en su relación individual, es decir, con sí mismo, hace una relación que se transforma y que supera los límites de un yo definitivo y predeterminado, pues a través de la experiencia permanece en esa constante invención de sí que le permite ver el mundo siempre impresionante. El niño, hace así de su vida esa obra de arte que le abre las puertas *Para la invención de sí mismo*. (Páez, 2012, pág. 181)

La escuela, y los límites que demarca la formación y la representación del mundo que consigo trae, es aquello que pese a toda la fuerza que ejerce sobre el niño, le permite *Salir* a reinventarse y transformar sus modos de representar el mundo. Lo anterior, teniendo en cuenta que la escuela se constituye como una suerte de red, como esa madriguera en donde el límite a pesar de que existe, se desdibuja ante el numeroso volumen de voluntades y de espacios que allí se encuentran. La escuela está llena de individualidades, de devenires, de pequeñas organizaciones que representan una diferencia dentro de la estructura, diferencias que rompen los límites, y no para escapar, sino para observar todo el panorama que permite realizar la reinención. Esa invención en la que se es posible *Ser libre*, Ser auténtico y que permite no *perderse a sí mismo*, que permite salir del confort del silencio e ir hacia lo que se quiere y dejar lo que no se desea, salir al encuentro con aquello que se quiere estando dentro del límite. Afirmar la vida. Encontrar otra posibilidad, otra manera de ser. En ese sentido, las palabras de Esaú Páez

El concepto de *Formación*: una idea de educación y escuela.

60

brindan una idea respecto a la importancia de esa búsqueda y encuentro con la libertad que encarna el niño, y que bien puede buscar toda una comunidad:

... no se trata de otra cosa que de encontrar los caminos que posibiliten el ejercicio de la libertad, en las condiciones de nuestras sociedades actuales en las que la sobredimensión y planetarización de los poderes, de las técnicas y las tecnologías han generado nuevas maneras de sujeción y de control y eso pasa por las instituciones, por los espacios de saber, por los espacios de la política, por los espacios moleculares en los que se vive la vida de los hombres cotidianos. (Páez, 2012, pág. 187)

El niño, con la invención de sí que se ha descrito hasta ahora, logra cruzar, saltar ese límite en tanto forma de representar el mundo que le es impuesto por la formación en la escuela. Este movimiento no significa que el niño niegue o renuncie a la formación, antes bien, con ello adquiere la capacidad de reconocer cómo eso que recibe en tanto formación hace parte de su vida, siendo algo que no desaparece; así, aunque la formación sea parte de su existencia el niño consigue la forma de doblarla, encontrando nuevas maneras de pensar, ser y sentir en dicho espacio de la formación llamado escuela. Es así que el niño llega a esa actitud descrita por Baudelaire en su poema *Bendición*:

Sin embargo, bajo la tutela invisible de un ángel
El niño desheredado se embriaga de sol,
Y en todo cuanto bebe y en todo cuanto come,
Encuentra la ambrosia y el néctar bermejo.
Él juega con el viento, conversa con la nube,
Y se embriaga cantando el camino de la cruz;
Y el espíritu que le sigue en su peregrinaje
Llora al verle alegre cual pájaro de los bosques.
Todos aquellos que él quiere le observan con temor,
O bien enardeciéndose con su tranquilidad,
Buscan al que sabrá arrancarle una queja,
Y hacer sobre Él el ensayo de su ferocidad. (Baudelaire, 2006, pág. 7)

Es claro que la *cultura* ve con *malos ojos* la naturaleza humana del niño, y, ha tomado como herramienta para la supresión de esta a la educación sin que, incluso, aquellos partícipes en este proceso lo noten, o, en ciertos casos lo ignoren. Si fuese posible como indica Nietzsche, saltar sobre dicha función y orientar a ese futuro hombre no hacia una vida artificial *innatural* sino hacia una conciencia carente de atributos conceptuales respecto a sí y al mundo, sería a una

naturaleza infantil a lo cual se llegaría, puesto que es el niño aquella persona capaz de conseguir hacer lo que Nietzsche retrata con las siguientes palabras:

..., hermanar con la mala conciencia las inclinaciones innaturales, todas esas aspiraciones hacia el más allá, hacia lo contrario a los sentidos, lo contrario a los instintos, lo contrario a la naturaleza, lo contrario al animal, en una palabra los ideales que hasta ahora han existido, todos los cuales son ideales hostiles a la vida, ideales calumniadores del mundo.
(Nietzsche, 2006, pág. 122)

Es al niño a quien habría que llevar estas palabras, pues es él el único que las recibiría con mayor agrado, encontrando en ello la felicidad de poder avivar la vida, de poder imaginar y crear una experiencia verdaderamente libre, de poder hacer mejor la existencia.

El niño, en este escenario, hace una invención de sí mismo en tanto asume la vida de manera auténtica, es decir, en medio de dicha orientación que recibe en el proceso de formación él da con la libertad de pensarse a sí mismo y en función de ello, de ese pensar inocente, construye sus modos de ser y de asumir su vida en el mundo y su relación con este. Él no reniega la formación, no la rechaza, no desecha las posibilidades que esta le presenta. Antes bien, la asume como parte de su vida, como ese proceso por el cual debe pasar; y, al asumir dicho momento de su vida, se da la libertad de actuar diferente, de tomar su proceso formativo como un espacio en el que le es posible ser niño, sobre el cual puede saltar, danzar, pensar diferente, hacer algo para sí dentro de los límites de la formación sin desprestigiarla, solo, con la intención de afirmar la vida, de afirmar su alegría.

En medio de la formación, en donde se le da al niño un ideal, un deber ser, un prospecto para el futuro, él es capaz de fundirse en el ser originario. Logra ello, puesto que vive en constante asombro y a través de dicho asombro encuentra la justificación de la vida, el instante, la posibilidad de siempre encontrar algo nuevo, *el azar* que la vida trae consigo y que le permite esperar la vida no en la quietud, no en el sojuzgar, sino en el movimiento a espera de lo indeterminado mientras *Sonríe*. El niño ve la vida desde la posición de Dionisos, quien, "... presentía que la vida no tiene que ser juzgada, que ella es bastante justa, bastante santa para consigo misma" (Deleuze, Nietzsche, 2000, pág. 44).

Por lo tanto, en la vida del niño, el instante más que el efímero momento de la experiencia, es el eterno momento de ser. Y cuál es el sentido del ser, pregunta el adulto, que vive en búsqueda del futuro y la vida que debe conseguir; para el niño el sentido del ser es la vida misma, esa vida infantil en donde puede siempre ser algo nuevo, algo diferente, es el devenir múltiple de la infancia, ese momento de la vida en donde nunca se es el mismo, en donde el gesto y el movimiento nunca son lo mismo puesto que no se presuponen, surgen. Allí:

Lo múltiple es afirmado en cuanto múltiple, el devenir es afirmado en cuanto devenir. Es como decir a la vez que la afirmación misma es múltiple, que ella misma deviene y se convierte en ella misma; y que el devenir y lo múltiple son ellos mismos afirmaciones. (Deleuze, Nietzsche, 2000, pág. 44)

Ante dichos modos de ser del niño, el adulto se presenta como el supervisor, como aquel sujeto experimentado, cuya experiencia demarca los caminos por los cuales debe transitar el niño para llegar a ser un *hombre correcto*, un sujeto que asume la vida con seriedad y no ya con jovialidad. El adulto, que carga siempre con el peso de la vida y su amargura por la existencia, que ha olvidado la ligereza de la infancia, quiere descargar parte de su peso en el niño para debilitar su inquietud por la vida ligándolo a los medios con los que la cultura aturde su infancia. El hecho de perder la ligereza para con la vida ha vuelto al hombre un sujeto del resentimiento, que, como la Ariadna que describe Deleuze a propósito de Nietzsche, *no sabe desuncirse*, y, tiene una mala conciencia que recrimina y propaga su sentimiento de *Culpa* a todos, al niño (Deleuze, Nietzsche, 2000, pág. 54).

La experiencia, entendida como fuente de conocimiento formal, es la *máscara* con la cual el adulto se posa frente al niño como autoridad, como persona que al haber experimentado conoce la verdad. Y con ello, desconoce la experiencia del niño como fuente no ya de verdad, sino como acto que permite asumir la vida, es decir, niega la experiencia infantil como lugar en el que el hombre se hace a sí mismo; bien lo dice Walter Benjamin (1993), parafraseándolo: desprecian los años de la juventud – y con ellos los de la infancia – y *hacen de ellos un tiempo de dulce idiotez juvenil, un entusiasmo previo a la gran sobriedad de una vida seria*. El adulto, entonces, con su compromiso por la vida, por esa vida carente de asombro y llena de reglas, llega a desligarse de ese sentido de *Verdad, Bondad y Belleza* por el cual se caracteriza el niño. Convirtiéndose en ese *Filisteo*, que, ve la vida como algo desconsolador y sin sentido, que solo

conoce la experiencia, cuyo ser carece de *esperanza* y *espíritu*; él, que solo mantiene las relaciones de la vida con lo rutinario, con lo que siempre vuelve a lo mismo. Sin embargo, ante dicho malestar del filisteo-adulto, el niño piensa que el mundo se puede hacer en favor de esa honestidad inocente e infantil de la que dispone en su relación con los demás y con el mundo.

El filisteo construye su <<experiencia>> y se convierte en pura inespiritualidad. El joven vivirá el espíritu, y cuanto mayor sea el esfuerzo con que alcanza la grandeza, tanto más encontrará el espíritu a lo largo de su peregrinación por entre los hombres. El joven será, sin duda, un indulgente. El filisteo es intolerante. (Benjamin, 1993, pág. 101)

El niño es un todo, él experimenta, siente y vive, es un sujeto que por naturaleza busca vivir y soñar, crear, reír, ser auténticamente él mismo. Dicha vitalidad es lo que se quiere moldear en él entorno al trabajo, al estado, a los valores que imperan en la representación de la vida y que limitan la forma misma de vivir consigo y con lo otro.

Pero el niño, tiene consigo la eterna capacidad de Dionisos: “El tipo de un espíritu eternamente logrado y en éxtasis desbordante. ...Un tipo que recoge en sí las contradicciones y lo problemático de la existencia y lo redime” (Deleuze, Nietzsche, 2000, pág. 79). Esa es la capacidad del niño, la habilidad de doblar y reiterar sus impulsos más propios, él perdona, habla y juega con los límites de la formación, con la escuela y el profesor, con el adulto que le juzga, se hace a una liberación mutua entre la culpa y él, no juzga a quien lo señala, simplemente habla y juega con él. Estas son las formas en que el niño cambia y crea una diferencia en la representación del mundo que se le presenta como definido, estable y correcto; así, salta y da giros sobre la línea que traza la interpretación del mundo, la cual sigue, pues no la borra sino que se sale de su camino y vuelve a entrar.

En este orden de ideas, para una alternativa diferente de la formación, de la escuela y la idea de vida que allí se construye en tanto se retome la idea de niño como niño, no como pequeño hombre perdido que debe ser formado homogéneamente es importante retomar las palabras de Walter Benjamin y llevarlas a la escuela, pues sería de gran ayuda para el espacio de la educación entender que, como bien lo propone:

Solo el anhelo responsable por una infancia hermosa y una juventud digna constituye la condición de posibilidad de la existencia creadora. Sin tal anhelo,

El concepto de *Formación*: una idea de educación y escuela.

64

sin un afán de recuperar la grandeza perdida, no es posible ninguna renovación de la vida (Benjamin, 1993)

En conclusión, es posible pensar una idea de educación donde el sujeto que se forma sea el centro y el ser de esta, donde no se coarte la imaginación y se logre afirmar la experiencia de la vida buscando renovar las relaciones humanas. Es importante establecer una labor educativa donde la vida en tanto experiencia de quien se forma no se tome como un obstáculo para la propia formación de él, sino que, por el contrario, sea tenida en cuenta como fuente de la construcción de una personalidad y una autenticidad cuya existencia es la base para construcción de una nueva visión de sociedad ya no solo enmarcada en el plano de la cultura sino además, en función de una sana convivencia.

Bibliografía.

Baudelaire, C. (2006). *Las flores del mal*. Madrid: Editorial del cardo.

Benjamin, W. (1993). *Metafísica de la juventud*. Barcelona : Paidós Ibérica.

Deleuze, G. (2000). *Nietzsche*. Madrid: Arena.

Deleuze, G. (2006). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona : Anagrama.

Gadamer, H. (1990). *La herencia de europa*. Barcelona: Península.

Gadamer, H. (1993). *Poema y diálogo*. Barcelona: Gedisa.

El concepto de *Formación*: una
idea de educación y escuela.

65

Gadamer, H. (1993). *Verdad y método filosófica* . Salamanca: Sígueme.

Gadamer, H. (1996). *Estética y hermenéutica*. Madrid: Tecnos.

Gadamer, H. (1998). *El giro hermenéutico*. Madrid : Catedra.

Gadamer, H. (1999). *Quien soy yo y quien eres tú*. Barcelona: Herder.

Gadamer, H. (2000). *La educación es educarse*. Barcelona: Paidós.

Guattari, F. (20 de Noviembre de 2016). *You tube*. Recuperado el 30 de Junio de 2017, de You tube:

<https://www.youtube.com/watch?v=pJ4FOFe-xuA&t=433s>

Hegel, G. (1974). *Lógica*. Bogotá DC.: Orbis.

Hegel, G. (1980). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid : Alianza.

Hegel, G. (1985). *Fenomenología del espíritu*: Fondo de cultura económica de España.

Hegel, G. (1991). *Escritos pedagógicos* . Madrid : Fondo de cultura económica de España.

Larrosa, J. (2006). Algunas notas sobre la experiencia y sus lenguajes. *Estudios filosóficos*, 467-480.

Nietzsche, F. (2000). *Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas* . Barcelona : Tusquets.

Nietzsche, F. (2006). *La genealogía de la moral* . Madrid : Alianza.

Nietzsche, F. (2009). *Más allá del bien y del mal* . Barcelona : Alianza.

Páez, E. (2012). De un texto de M. Foucault sobre la modernidad. *Cuestiones de filosofía, Numero 14*,

170-188.

El concepto de *Formación*: una
idea de educación y escuela.

66

Vilanou, C. (2002). Formación, cultura y hermenéutica: De Hegel a Gadamer . *Revista de educación* ,
205-223.